

# Rusia en América Latina: variables, implicaciones y perspectivas de su presencia en el hemisferio occidental\*

## *Russia in Latin America: Variables, Implications and Perspectives on its Presence in the Western Hemisphere*

Makram Haluani\*\*

Profesor Titular (jubilado) de la USB. Nacido en 1952, en Barcelona, estado Anzoátegui.

Estudios de pregrado y posgrado 1974-80 en Alemania. Doctorado en Ciencia Política en la Universidad de Münster, Alemania, 1982. Políglota. Coordinador de la Maestría en Ciencia Política de la USB 1992-1995. Jefe del Departamento de Ciencias Económicas y Administrativas, USB, 2000-2002. Autor de tres libros y numerosos artículos arbitrados en revistas especializadas sobre la investigación en ciencia política, protesta social, violencia política, negociaciones, así como relaciones internacionales y conflictos regionales. Director del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la USB 2007-2009.

### Resumen

La influencia geopolítica de Rusia en América Latina se revivió en 1999 debido a la iniciación de sus vínculos con el Gobierno bolivariano de Venezuela en aquel año y, posteriormente, más aun debido a la ascendiente cantidad de acuerdos de cooperación comercial, energética, industrial, cultural y militar con Argentina, Bolivia, Cuba, Brasil, Ecuador,

### Abstract

Russia's geopolitical influence in Latin America resuscitated in 1999, due to the initiation of its links with the Bolivarian government of Venezuela, and later even more, owing to the ascending number of commercial, energy, industrial, cultural and military cooperation agreements with Argentina, Bolivia, Cuba, Brazil, Ecuador, Mexico, Nicaragua, and

---

\* Este trabajo fue presentado el día 05 de noviembre en el *XII Simposio Venezolano de Ciencia Política 2013*, organizado por el Instituto de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela. La investigación y la redacción del presente ensayo no pudo haberse realizado en el verano de 2013 sin el apoyo decisivo del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Siegen, en Alemania, en particular por parte de los profesores Petra Vogel y Jürgen Bellers. A todos ellos les quiero agradecer su respaldo a mi labor de investigación y, por ende, a la academia venezolana.

\*\* Correo electrónico: mhaluani@usb.ve

**Recibido:** 12-11-2013

**Aprobado:** 01-04-2014

México, Nicaragua y Perú. Rusia ya no pretende restringir su influencia política a su tradicional esfera eurasiática del “extranjero cercano” (Ближнее зарубежье), sino aspira a que extenderla más allá de su región y del ámbito latinoamericano del hemisferio occidental. El Caribe y América Latina se han convertido cuasi en el “extranjero lejano” (Дальнее зарубежье) de una Rusia transatlántica. En este trabajo se pretende analizar los motivos geoestratégicos, geopolíticos, políticos y económicos que no solo produce la presencia de Rusia en la región de América Latina, sino que la amplían y la afianzan, así como examinar las consecuencias en el medio y largo plazo de su presencia, especialmente en el contexto de las relaciones interamericanas y de los intereses geoestratégicos de EE.UU. y China en América Latina y el Caribe.

### Palabras clave

Rusia; América Latina; intereses geoestratégicos; implicaciones hemisféricas

Peru. Russia does not intend to restrict its political influence to its traditional Eurasian sphere of its “near abroad” (Ближнее зарубежье). It aims to extend it beyond its Eurasian region to the Latino-Hispanic area of the Western Hemisphere. Latin America and the Caribbean basin have become quasi the new “far abroad” (Дальнее зарубежье) for a now transatlantic Russia. In this article, I analyze the geostrategic, geopolitical, political and economic motives that not only encourage Russia’s presence in Latin America, but also those broadening and entrenching it. Also, I assess the medium and long term consequences of Russia’s presence in the Western Hemisphere, especially in the context of inter-American relations, as well as against the backdrop of the U.S. and China’s geostrategic interests in Latin America and the Caribbean.

### Key words

Russia; Latin America; geo-strategic interests; hemispheric implications

## INTRODUCCIÓN

En febrero de 2013, el presidente ruso Vladimir Vladimirovich Putin firmó el documento titulado “Concepto de la política exterior de la Federación Rusa” (CPEFR), oficializando así las bases estratégicas que guiarán la actuación mundial de Rusia hasta 2018, si no más allá de ese año. El nuevo concepto sustituye aquel aprobado por el entonces presidente Dmitri Medvedev en julio 2008, evidenciando la diferencia en la visión estratégica del Kremlin moscovita del mundo y de los crecientemente inconstantes y complejos rasgos regionales e internacionales. En esencia epistemológica, el nuevo CPEFR difiere en cierto grado de los anteriores CEPEFR de 2000 y de 2008, en lo que a las estrategias, prioridades y objetivos de Rusia se refieren. No solo la crisis financiera de 2008 ha contribuido en importante medida a esta matizada perspectiva rusa de la geopolítica regional y global, sino también su ingreso a la Organización Mundial de Comercio (OMC), la apertura del “frente ártico”, las crisis regionales en el Medio Oriente y en el norte de África, pero sobre todo el desarrollo de las relaciones de Rusia con Estados Unidos.

Entre todos los temas de la política exterior que puedan surgir para Moscú, las relaciones con Estados Unidos siguen ocupando un primordial lugar para el

liderazgo del Kremlin. La degradación de Rusia de una de las dos nuclearizadas superpotencias mundiales a una potencia de segundo plano, sigue siendo un trauma político y una “tragedia geopolítica”, como la ha denominado el mismo presidente Putin en Múnich en 2007. Rusia ha pasado de un enfrentamiento frontal “a lo Bush” por la expansión de la OTAN y los misiles antimisiles norteamericanos en Europa, Georgia e Irak, a la política del “reseteo” del presidente Obama de 2009 y a la revigorizada iniciativa del “re-reseteo” del “reseteo” con Rusia de febrero de 2013. Aquel acercamiento ruso-americano de 2009 que trajo el tratado New Start sobre armas nucleares y la entrada de Rusia en la OMC no resultó ser suficiente para aplacar y optimizar la cooperación ruso-americana, influyendo así sobre los vínculos del Kremlin con la Unión Europea (UE), la OTAN, las repúblicas exsoviéticas y en especial con China, con la cual Rusia había creado en junio de 2001 la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), una “Contra-OTAN-eurasiática”.

Las prioridades políticas exteriores de la Rusia del año 2013, tanto aquellas continuadas y otras nuevas surgidas por recientes crisis regionales, reflejan su subjetiva y un tanto inflada autoapreciación de representar una gran potencia mundial, sobre todo en el sector energético, que merece ser tratada a nivel regional y mundial como tal por todos los países del mundo. Hay motivos objetivos para tan autovaloración, pero también hay otras razones objetivas y pragmáticas que le restan credibilidad a tal elevada autoclasiicación. Rusia es el país geográficamente más extenso en el mundo; es una potencia industrial y nuclear y es miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU e integrante del G-8, del G-20 y del emergente bloque de BRICS. Rusia controla las reservas de gas natural y del petróleo esquisto bituminoso más grandes del mundo. Es el mayor productor y exportador a la vez de este estratégico recurso natural y superó en este año a Arabia Saudita como el mayor productor de petróleo, mientras que sigue siendo el segundo país, después de Estados Unidos, en ventas globales de armas. Desde la perspectiva de tales vitales criterios de jerarquización geoestratégica mundial, Rusia es una potencia de dimensiones globales, aunque cuente con importantes limitaciones. De allí que el nuevo CPEFR destaca la Comunidad Económica Eurasiática (CEEa) de mayo de 2001, la OCS, el G-20, el bloque BRICS y el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico APEC, respectivamente, como bases sólidas y confiables de la actuación regional y mundial de Rusia.

En el nuevo CPEFR se traslucen otros enfoques y rumbos para la actuación regional y global rusa, más allá de sus relaciones con el ex-rival superpotente de la Guerra Fría. América Latina no encabeza esos enfoques y rumbos. Entre

los 104 artículos del nuevo CPEFR, América Latina aparece mencionada en los puestos 92 y 93, justo antes de África en el ítem 94. Esta ubicación claramente baja de América Latina en la jerarquía numérica de las prioridades del Kremlin, no significa necesariamente la irrelevancia geoestratégica y geopolítica del hemisferio occidental latino para Moscú. En un mundo constantemente cambiante en todo aspecto y en períodos de 3 a 5 años, América Latina subirá de categoría geopolítica mundial en la segunda década de este siglo a raíz de sus importantes avances económicos, desarrollo demográfico y ascendente autoestima política y geopolítica. Al asumir la presidencia del G-20 para el año 2014, Rusia aspira además a jugar un importante papel en el debate sobre la reforma de la UNO, la creación de un nuevo orden financiero mundial, así como la instauración de un planeta multipolar, a la vez de diluir la actualmente creciente polarización global entre la corriente angloeurocéntrica tradicional del *transatlantismo* por un lado y aquella nueva del *asiatismo-pacífico* por el otro.

La desaparición de la Unión Soviética a finales de 1991 redujo considerablemente la influencia del Kremlin en América Latina. La influencia geopolítica de Rusia en América Latina se revivió apenas en 1999, debido en gran medida a la iniciación de sus vínculos con el Gobierno bolivariano de Venezuela, y a la ascendente cantidad de acuerdos de cooperación comercial, energética, industrial, cultural y militar con Argentina, Bolivia, Cuba, Brasil, Ecuador, México, Nicaragua, Perú y, sobre todo, con la Venezuela bolivariana. Rusia ya no pretende restringir su influencia política a su tradicional esfera eurasiática del “extranjero cercano” (Ближнее зарубежье), sino aspira a que extenderla más allá de su región y del ámbito latinohispanico del hemisferio occidental. El Caribe y América Latina se han convertido cuasi en el “extranjero lejano” (Дальнее зарубежье) transatlántico de Rusia. En este trabajo se pretende analizar los motivos geoestratégicos, geopolíticos, políticos y económicos que no solo produce la presencia de Rusia en la región de América Latina, sino que la amplían y la afianzan, así como examinar las consecuencias de medio y largo plazo de su presencia, especialmente en el contexto de las relaciones interamericanas y de los intereses geoestratégicos de EE.UU. y China en América Latina y el Caribe.

## ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA PRESENCIA RUSA EN AMÉRICA LATINA

La presencia de Rusia en el continente americano tiene su historia y abarca principalmente cuatro pilares en diferentes lapsos históricos: el interés geoestratégico

imperial(ista) ruso a finales del siglo XVIII en Suramérica, la creación de la llamada *América rusa* en forma tanto colonial-civil como zarista-gubernamental-formal entre 1732 y 1867, la inmigración de rusos hacia diversos países latinoamericanos y en variadas cantidades y frecuencias entre los principios del siglo XIX y hasta la época contemporánea, así como la alianza cubano-soviética 1961-1991. Esta presencia rusa a lo largo de la historia de América Latina se caracterizó por la situación política y socioeconómica de Rusia del momento en sus diferentes variedades históricas, es decir, ya sea zarista, soviética o rusa postsoviética. Cada una de esas tres variedades del Estado ruso dejaba sus distintas huellas sobre su proyección política, económica y cultural hacia América Latina, dependiendo de los personajes involucrados, fuerzas sociopolíticas interesadas y dominantes, así como de las circunstancias y condiciones prevalecientes en el momento, tanto en el lado ruso como en aquel latinoamericano.

La América rusa en el norte del continente americano se inauguró en el año 1732 en su región nortea y por razones geográficas y geopolíticas obvias. El deseo de proteger la expansión del Imperio ruso hacia el Este exigía asegurar regiones y zonas aledañas a las fronteras orientales del mismo. Ya el zar Pedro I, el fundador de San Petersburgo, ordenó en 1725 el envío de una expedición para explorar las tierras ultramar más allá al este de Siberia, es decir, hacia la península de Kamchatka y Alaska, pero su muerte en ese mismo año no permitió realizar aquel plan. Para la época se decía que el funcionario gubernamental y explorador ruso Semion Dezhniov, junto con el comerciante Fyodot Aleksiev Popov, en su intento de alcanzar al río Anadir en el este extremo de Siberia para explotar sus riquezas minerales, habían llegado a la costa de Alaska en 1648. Ciertamente es que los dos fueron los primeros en descubrir el mar de Bering, constatando que el Asia no está conectada geográficamente con América. Sin embargo, nunca se comprobó la veracidad de su llegada a tierra alaskaña. Ciertamente o no, su descubrimiento de Alaska, las hazañas de Dezhniov y Popov alimentaron la estrategia de los zares Romanov de garantizar a la larga la seguridad territorial de la Rusia imperial, así como impulsar y controlar el comercio de pieles (Chevigny, 1979).

La colonización de Alaska por los pobladores rusos comenzó en 1732 con la llegada de Iván Fyodorov, Mikhail Gvozdev y Kondrati Moshkov en Alaska, al cabo que el navegante danés Vitus Bering habría encontrado en 1728 y nombrado por el mismo como el cabo Gvozdev, en honor a Mikhail Gvozdev. Este mismo cabo fue denominado luego en 1778 por el explorador británico James Cook como el cabo del Príncipe de Gales. Las pieles de nutria de mar que los sobrevivientes

de la expedición de Aleksei Chirikov y Vitus Bering llevaron a Siberia en 1742, despertaron el interés de los siberianos en establecer asentamientos en Alaska. Los inicios de la *Alaska rusa* se asentaron por vía de las islas Aleutianas que ofrecieron las primeras oportunidades para los comerciantes de pieles rusos para establecer puestos de cacería y de comercio allí, luego extendiéndose para 1780 a las costas aladañas de Alaska, habiendo agotado los recursos de cacería en esas islas y habiendo diezmado su población indígena mediante violenta represión gubernamental rusa.

### LA COMPAÑÍA RUSO-AMERICANA (RAK)

El primer asentamiento ruso en tierra firme alaskaña fue establecido por Grigori Sheilov e Iván Golikov en 1784, en lo que hoy por hoy es Old Harbor, en la isla de Kodiak, llamándola bahía de los Tres Santos. La resistencia de los indígenas a la presencia y actividades de los cada vez más comerciantes rusos condujeron a severas represalias rusas, haciendo necesaria la formación en 1799 de la Compañía Ruso-Americana (Rusko-Amerikanskaya Kompania: RAK) por Nikolai Rezanov, garantizada por el zar Pablo I, que había obtenido previamente los derechos de la explotación y comercialización de las pieles de nutria de mar en la zona (Matthews, 2013). Anticipando la expansión y consolidación de la colonización no solo rusa por la costa sureña de Alaska, sino también por los ingleses y los colonos americanos, los españoles comenzaron ya en 1774 a enviar expediciones desde el Virreinato de Nueva España a la costa americana del Pacífico, conduciendo a la toma de la isla Nutka allí (ahora British Columbia) por Esteban José Martínez, en nombre de la Corona española en 1789. No obstante esa avanzada, España tuvo que abandonar a Nutka en 1795 al firmarse un año antes la Convención de Nutka con Inglaterra, para evitar una guerra con la misma.

Bajo la dirección de Aleksandr Baranov, la RAK se asentó en 1804 en el Fuerte San Mikhail, en la actual Sitka, con población rusa y aleuta, dedicándose a procesar pieles y comercializarlos hacia Rusia. Esa primera presencia rusa en las islas aladañas a la tierra firme americana fue declarada en 1808 la capital de la América rusa, habiéndose defendido militarmente cuatro años atrás de los ataques de los tlingits, que poblaban esa tierra antes de la llegada de los rusos (Black, 2004, p. 161). Se erigió el Fuerte Nuevo Arcángel San Mikhail en lugar del Fuerte San Mikhail y se construyeron más fuertes a lo largo de la costa de lo que es hoy los

estados de Washington, Oregon y California en Estados Unidos, así como en las islas de Hawai. El Fuerte Ruso (Ross) se estableció en 1812 en lo que es hoy el condado de Sonoma en California y llegó a ser el asentamiento ruso más meridional de la RAK, aunque en la época California constituía un territorio español hasta 1821 y mexicano a partir de ese año.

Hasta 1818 la RAK era una compañía privada, con un tercio de sus beneficios destinados al zar y con alcance geográfico de negocios en California hasta los 43° de latitud norte. A partir de ese año, tanto oficiales del gobierno como comerciantes, manejaban la RAK. Pero por otro *ukaz* (edicto) en 1821 del zar Alejandro I, la RAK se nacionalizó por completo, convirtiéndose en un ente de interés imperial-comercial transiberiano hasta los 43° de latitud norte, con el Fuerte Ross ubicado en California hasta los 38° de latitud norte. Evidentemente, tal “penetrante” presencia rusa en América se presentaba un serio reto, tanto para los estadounidenses, bajo el presidente James Monroe, como para la Compañía de la bahía de Hudson (canadiense-británica), conduciendo a la firma del Tratado Ruso-Americano de 1824 y al Tratado Ruso-Británico de 1825, que limitó la extensión de los intereses y privilegios zaristas en tierras americanas hasta los 55° de latitud norte. En 1833, y debido a una serie de obligaciones incumplidas por parte rusa, la británica Compañía de la Bahía de Hudson adquirió territorios rusos en lo que es hoy el Panhandle (sureste) de Alaska en arrendamiento, debilitando así la presencia rusa en esa región.

En 1850, época en la que el zar Alejandro II contemplaba deshacerse de las posesiones rusas en Alaska, la población allí contaba con unos 2.500 rusos y mestizos y 8.000 aleutas, todos bajo el control administrativo directo ruso de la RAK, así como más de 50.000 aborígenes esquimales, tlingits y haidas, no sujetos a tal control. El factor que más influyó en los 1860 en la decisión de vender Alaska a Estados Unidos fue el hecho de que Alaska representaba más una colonia de explotación comercial puntual y cíclica, que una permanente colonia poblacional y culturalmente arraigada. Las empresas peleteras que operaban en los 23 asentamientos rusos a lo largo de la costa alaskaña y más allá al sur se erigían y se abandonaban de acuerdo con los altibajos del mercado, tanto local como continental-americano y ruso de pieles. Otro factor fue la serie de problemas económicos de la RAK, que requerían atención administrativa y ayuda financiera más grande y continua, circunstancia que Alejandro II no podía propiciar por las graves consecuencias financieras de la Guerra de Crimea que Rusia perdió en



1855 ante el conjunto de Gran Bretaña, Francia, el Imperio otomano y el reino de Piamonte y Cerdeña.

Pese a los factores que favorecían liquidar a la RAK y deshacerse de Alaska, había factores económicos, comerciales y geopolíticos que respaldaban su fortalecimiento y expansión. Ingenieros de la RAK habían descubierto en 1851 petróleo en el Cook Inlet y oro en 1861 alrededor del río Stikine. También se había comenzado en 1857 la explotación de carbono, facilitando el uso del vapor como fuente de energía industrial. No obstante esas prometedoras perspectivas, el rendimiento comercial de la RAK dejaba mucho que desear, en especial ante la tenaz competencia de la Compañía de la Bahía de Hudson. Igualmente, la visión geopolítica y geoestratégica zarista un tanto reducida de la época no permitía visualizar un rol de la RAK y de sus posesiones en Alaska, más allá de beneficios económicos de corto plazo para la familia imperial, obviando la relevancia geopolítica de establecer una presencia inicialmente poblacional, económica y cultural y luego política (y quizás militar) permanente en tierras americanas aledañas al norte del océano Pacífico. No obstante esta apreciación crítica de la taxativa visión geoestratégica zarista de la época, vale recordar que los planes de la bisabuela de Alejandro II, Catalina II la Grande, para invadir a América del Sur indican lo contrario.

Ante la incapacidad de sostener económicamente a la RAK y con ello mantener Alaska bajo control ruso duradero, y en especial ante la posibilidad de que la América rusa se volviera una especie de peón de negociación con la Gran Bretaña y cayeran así, indefendibles como eran, en manos de esa potencia, Rusia imperial prefirió dejar sus colonias americanas bajo control de Estados Unidos. Demasiado feroz y tozuda era la competencia geopolítica entre Rusia y Gran Bretaña (*Gran Juego* por Asia Central y la *Cuestión de Oriente* en los Balcanes) como para que Rusia permitiera que su Majestad la reina Victoria obtuviera territorios pacíficos en América del Norte, agrandando y consolidando así su colonia canadiense (Vinkovetsky, 2011, p. 10; Kushner, 1975, pp. 3, 153, 154). Ese mismo interés lo manifestaba Estados Unidos, por lo que la oferta de Alejandro II en 1867 para vender Alaska resultó en el Tratado de Cesión de Alaska en marzo de ese año por \$7,2 millones. Con esa compra, Alaska se transfirió a Estados Unidos y los intereses comerciales de la RAK se vendieron a la empresa Hutchinson, Kohl & Company de San Francisco, California. Para 1881 la RAK finiquitó todas sus actividades comerciales en territorio americano.



## EL EFÍMERO INTERÉS GEOESTRATÉGICO IMPERIAL RUSO EN LA HISPANOAMÉRICA

En su tesis de magíster del año 1961, el investigador norteamericano Terrence J. Barragy abarca la penetración diplomática de la Rusia imperial en Suramérica a finales del siglo XVIII, al analizar la negociación entre el precursor venezolano Francisco de Miranda y la zarina Catalina II la Grande sobre la viabilidad de una invasión rusa de Hispanoamérica. De acuerdo con Barragy, el Comité Central del Partido Comunista Soviético le permitió en 1939-1940 al historiador soviético Vladimir M. Miroshevskii examinar los documentos hasta aquel momento secretos y publicar un ensayo sobre su contenido, a fin de destacar el involucramiento histórico ruso en la liberación de Hispanoamérica del imperialismo español. Para Stalin, era importante demostrarle al mundo y América Latina en particular, que Rusia ha intentado jugar un papel en vencer el colonialismo español a favor de los pueblos latinoamericanos. Es materia de especulación si la publicación en 1940 de los documentos de la negociación Catalina II-Miranda se relaciona o no con el asesinato de su rival ideológico León Trotski en agosto de aquel año en Coyoacán, México.

Sebastián Francisco de Miranda Rodríguez arribó a Kiev en febrero de 1787, donde por medio del príncipe ruso Potiomkin conoció a la zarina Catalina II la Grande. Miranda inició una amistad tanto con Potiomkin como con la zarina, habiendo impresionado considerablemente a los dos por sus vastos conocimientos, no solamente sobre aquel continente suramericano desconocido y subyugado por la rival potencia de España, sino sobre Inglaterra y el Imperio otomano, dos otras potencias rivales de Rusia. Se sabe que Miranda y Catalina II discutieron planes para una invasión militar rusa de Hispanoamérica, a fin de liberar a esta de los españoles, pero también para asegurar una presencia de la Rusia imperial en el sur español de las Américas con fines comerciales (Barragy, 1961, pp. 26-27). Las ambiciones de expansión imperial de Catalina II eran conocidas y expresadas por ella claramente, apuntando a dominar toda Europa, desalojar a los otomanos de Constantinopla, humillar a los chinos y establecer lazos comerciales con India (pp. 39-40).

En 1787 ya había comenzado por comerciantes rusos la explotación peletera en las islas Aleutianas y aquellas alledañas a la tierra firme americana de Alaska. Dada la relativa facilidad con la cual tal actividad se había iniciado y establecido en tierras prácticamente despobladas o al menos poco defendibles, se le ofreció

a la zarina Catalina II la perspectiva de ampliar y consolidar la presencia rusa en las Américas, ya sea comercial-privada, gubernamental o ambas, como una interesante oportunidad para agrandar su Imperio hacia tierras americanas, asegurando así mayor proyección del Imperio ruso en términos territoriales, geoestratégicos, geopolíticos, económicos, culturales y hasta militares (Bartley, 1978, p. 21). De allí que no asombra la amabilidad y entusiasmo que caracterizó el trato imperial que recibió Miranda en Rusia durante su estadía allí, más el apoyo moral, político y financiero que le fue concedido por la zarina, pero que no resultó suficiente para inducirlo a invertir los 20.000 rublos solicitados por Miranda como el aporte ruso para financiar su plan de liberación militar de Suramérica (Alexander, 1989, p. 258).

Pese a todo lo geopolíticamente atractivo que pudo haberle parecido el “Plan Miranda” a la zarina, las múltiples y continuas rivalidades bélicas en la época entre Rusia por un lado y Suecia y los imperios otomano y austriaco-húngaro por otro, representaban una sólida razón para no involucrar a Rusia en aventuras militares en tierras lejanas, contra España, Inglaterra y los recién independientes Estados Unidos, cuya reacción a una intervención militar unilateral rusa era, en el mejor de los casos, indignación y rechazo, y en el peor una costosa distracción militar rusa extracontinental con la posible implicación de provocar una alianza antirrusa en detrimento de la planeada expansión rusa en Asia central y consolidar su acceso al mar Negro por la Crimea a costillas de los otomanos. Así que, no obstante las actividades netamente comerciales de la RAK en Alaska, la América rusa representaba en términos prácticos en la época el pináculo de las ambiciones imperiales rusas defendibles y deseables en territorios americanos.

## LA INMIGRACIÓN RUSA HACIA AMÉRICA LATINA

Más allá del “Plan Miranda” y la posesión de Alaska, la presencia de Rusia en América Latina se destaca por inmigración de rusos a los países latinoamericanos en diferentes épocas y bajo diversas circunstancias. En su valiosa obra de 2009, *Rusos en América Latina*, Sergey Y. Nechaev describe la historia y las características de la presencia contemporánea de rusos en América Latina (Nechaev, 2010). La llegada de rusos a América Latina se produjo en olas en varias etapas históricas, todas en función lineal y directa de los acontecimientos y cambios políticos y socioeconómicos internos de Rusia. Los primeros rusos en América Latina llegaron a Chile en 1854 y una década después al Brasil. La primera ola de rusos en Argentina llegó en 1874. Eran rusos de origen alemán de la región

volguense, que no quisieron someterse al servicio militar universal introducido en Rusia en aquel año, alcanzando para 1910 cerca de 45.000. El establecimiento de las relaciones diplomáticas entre Rusia y Argentina en 1885 les proporcionó a serbios, montenegrinos y búlgaros ortodoxos la posibilidad de buscar en Argentina una nueva patria católica afín a sus tierras de origen.

La siguiente ola de inmigración rusa a América Latina, en particular a Argentina, ocurrió alrededor de 1890, con la llegada de rusos judíos. Para 1910 la población argentina de rusos judíos alcanzó, aproximadamente, 100.000, habiendo recibido considerable apoyo por parte de la Jewish Colonisation Association (JCA), fundada en 1891 por el barón inglés Maurice de Hirsch. Para la misma época comenzaban a llegar a Argentina otros rusos ortodoxos como trabajadores de temporada, siendo en su mayoría campesinos de las provincias occidentales de Rusia. En 1888 se inauguró en Buenos Aires la primera Iglesia ortodoxa en Suramérica del Sur. Esa iglesia se construyó en el estilo arquitectónico de las iglesias moscovitas, aglutinando la comunidad rusa con un marcado carácter religioso ortodoxo. La revolución rusa de 1905 impulsó aun más la emigración de no solo rusos judíos y ortodoxos, sino también ucranianos, hacia América Latina, en particular hacia Argentina. Esa tercera ola de inmigrantes rusos representó el triple de inmigraciones anteriores, con 120.000 de ellos arribando a Argentina y haciendo que los eslavos formaban el tercer grupo europeo más grande allí tras españoles e italianos.

Los principales países latinoamericanos receptores de inmigrantes rusos entre 1874 y 1910 fueron, en orden de cantidad, Argentina, Brasil, Uruguay, México y Venezuela (Elizarov, 1997). En Argentina y Uruguay los inmigrantes campesinos habitaron y cultivaron extensos terrenos anteriormente deshabitados, introduciendo productos agrícolas desconocidos hasta entonces como el té, el trigo sarraceno y el lino. En México los inmigrantes rusos recuperaron la industria del vino en Baja California, que hasta hoy en día sigue productiva. Para 1917, tanto la I Guerra Mundial como la Revolución de Octubre impulsaron la cuarta ola de emigración rusa, ahora políticamente motivada, de todas las clases sociales hacia Europa y las Américas. Uno de los personajes rusos que representaba esa ola en América Latina y el más significativo era León Trotsky, que arribó a México en 1937 como exiliado político, es decir, un inmigrante involuntario, y que inspiró posteriormente la creación del movimiento trotskista mexicano. Consecuentemente, la II Guerra Mundial causó más emigración de rusos, aunque no en cantidades importantes como hasta los años cuarenta.

Como toda comunidad de inmigrantes en toda América Latina, los rusos, ya sean de la fe ortodoxa o judía, lograron una fusión cultural en su respectivo entorno nacional, dejando su aporte fructífero y de toda índole en todos sus sectores. Los descendientes de los inmigrantes rusos ya forman parte integral de sus respectivas sociedades, aunque ello no significa el rompimiento de sus lazos con las tradiciones rusas. Las capillas ortodoxas en las capitales latinoamericanas más importantes atestiguan esa notable presencia cultural. La recuperación económica y social de Rusia tras la disolución Unión Soviética en 1991 ha estimulado el interés de las nuevas generaciones descendientes de inmigrantes rusos en América Latina por su cultura de origen, como lo demuestra la creación de numerosos centros culturales rusos y el incremento en la enseñanza del idioma ruso y en las asociaciones y festivales que aspiran renovar las tradiciones culturales rusas.

## LA ALIANZA CUBANO-SOVIÉTICA 1961-1991

En su momento, la creación de la Unión Soviética en diciembre de 1922 representó un evento de gran relevancia más regional que internacional. En la medida en que ese nuevo país iba consolidando su ideología y estructuras políticas, económicas y sociales internas y su rumbo en la política internacional, iba convirtiéndose en un importante actor en la política europea y mundial como un país de identidad y actuación ideológica diferente al modelo político-sistémico conocido hasta la fecha, es decir, distinto a los países europeos, tanto democrático-parlamentarios como monárquicos, y a Estados Unidos. La Unión Soviética representó para numerosos grupos sociales a nivel mundial un paradigma de futuros y alentadores cambios socioeconómicos e inspiró a movimientos políticos y sociales a seguir su ejemplo revolucionario (McMahon, 2013; Miller, 1990), mientras que para otros gobiernos y sociedades las ideas leninistas y trotskistas no auguraban sino inestabilidad e imprevisibles cambios.

En los años 1922-1941 se veía en América Latina a la Unión Soviética como una posible alternativa comercial a Estados Unidos, sin necesariamente apegarse o hasta tomar en cuenta a la doctrina marxista-leninista soviética. También surgía una corriente de usar a la Unión Soviética como instrumento de presión política ante Estados Unidos, a fin de demostrar cierta independencia de la potencia norteamericana y para inducir a esta a que mejorara sus políticas tarifarias hacia sus vecinos latinoamericanos (Cheston, 1974, p. 8). Solo México y Uruguay habían establecido relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en 1924 y 1926, respectivamente,

mientras que esta entabló importantes relaciones comerciales con Argentina, Brasil, Bolivia y Chile. Es de anotar en este contexto que fue en 1933 cuando Estados Unidos reconoció a la Unión Soviética, impulsado este cambio en la política estadounidense por la consolidación del país soviético y los cambios políticos que se vaticinaban en Europa.

Varios factores políticos, geopolíticos, económicos y culturales conjugaron para impedirle a la Unión Soviética ampliar y profundizar sus lazos con los diversos países latinoamericanos en las décadas de los treinta y cuarenta del siglo xx. Los tradicionales y firmes valores cristiano-católicos del mundo occidental-americano nuevo vieron poca afinidad con los valores marxista-leninistas introducidos e impuestos con base en una historia rusa ajena a la latinoamericana. Más aun, la intensa propaganda soviética destinada a divulgar el dogma comunista-ateo en la América Latina cristiana, más la cercanía geográfica de Estados Unidos hicieron aparecer a la Unión Soviética, en comparación con Estados Unidos, como una oportunidad cada vez menos atractiva y viable para propulsar el desarrollo autónomo. El asesinato de León Trotski en México en 1940, encomendado por Stalin, puso en relieve un aspecto alevoso del liderazgo soviético, pero que no perjudicó a las relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética, puesto que esas se habían suspendido en 1930, mientras que con Uruguay se rompieron cinco años más tarde (Sheykina, 2010, p. 190).

La alianza soviético-estadounidense de 1941-1945 en contra de la Alemania hitleriana ofreció una oportunidad de reivindicación político-ideológica para la Unión Soviética en América Latina. No obstante, el decisivo aporte bélico antifascista soviético, los inicios de la Guerra Fría en 1945 complicaron la rehabilitación política de la Unión Soviética en América Latina. Reconociendo la creciente importancia geopolítica, económica e industrial de la Unión Soviética, en especial su carácter de potencia nuclear a partir de 1948, los países latinoamericanos redefinieron sus relaciones con la misma a la luz de sus relaciones con Estados Unidos. De allí que la creación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), o sea, el Tratado de Río, en 1947, y de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948, manifestó una consolidación institucional-continental antisoviética, pese a los escépticos sentimientos de las sociedades latinoamericanas frente a la históricamente prepotente actitud estadounidense hacia América Latina, ejemplarizada por la Doctrina Monroe y políticas hemisféricas como la del Big Stick y Gunboat Diplomacy.

La revolución cubana de 1959 bajo Fidel Castro Ruz se inició como una rebelión nacionalista contra el régimen autoritario y corrupto de Fulgencio Batista y Zaldívar. No fue sino en 1961 que el Gobierno estadounidense se exasperó por la negativa del Gobierno cubano a compensarles oportuna y adecuadamente a las empresas norteamericanas que operaban hasta 1958 con un volumen de negocios hasta US\$ 1 billón en Cuba y expropiadas a partir de 1959, que se produjo una seria ruptura política cubano-estadounidense (Haperskij, 2010). Sigue siendo tema de repetidos debates si la ideología castrista siempre fue marxista-leninista o se convirtió a la misma al darse el enfrentamiento con Estados Unidos a principios de 1960. Mientras tanto, y justo para esa época, se establecieron las relaciones diplomáticas entre Cuba y la Unión Soviética, abriéndose para Cuba la oportunidad de contar con Moscú como aliado de Fidel Castro, el cual no vaciló en aceptar una alianza con la misma como un instrumento de contrabalanceo geopolítico regional ante Estados Unidos.

La crisis de los misiles soviéticos en Cuba de octubre de 1962, la posteriormente creciente cooperación cubano-soviética, el apoyo cubano a los diversos y mayormente infructuosos movimientos revolucionarios guerrilleros en América Latina y el triunfo paramilitar sandinista en Nicaragua en 1979 fueron signos directos e indirectos de la influyente presencia soviética en América Latina y el Caribe mediante la Cuba castrista y sandinista (Prizel, 2008; Miller, 1990). Por otra parte, las afirmaciones de que Cuba nunca fue un satélite soviético y que siempre ha retenido su independencia política de la Unión Soviética (Leonov, 1999, p. 51) resultan difícilmente creíbles, dada la alta dependencia económica y militar cubana de Moscú, tal como lo demostró la crisis de los misiles soviéticos de 1962 (Tsokhas, 1980, p. 357; Sheykina, 2010, pp. 190-196). Solo en el contexto de la Guerra Fría y de la aterradora posibilidad de un Armagedón nuclear global (George, 2013, p. 4) se puede apreciar la alianza cubano-soviética como el paradigma que le permitió a Cuba y sus vínculos soviéticos adquirir relevancia geopolítica regional y mundial.

Pese a que el Kremlin siempre ha tenido intercambios comerciales con Argentina, Brasil, Perú y Chile, sus lazos con Cuba desde 1961 y con Nicaragua desde 1979 y hasta la desaparición formal de la Unión Soviética en diciembre de 1991, fueron en efecto y en el contexto de la rivalidad nuclearizada Este-Oeste, dos ejes geoestratégicos vitales y los únicos dos importantes componentes que le facilitaron a la Unión Soviética iniciar y mantener una presencia de peso en la escena continental americana. De esa manera, el Kremlin siempre pudo ejercer una considerable influencia sobre las relaciones interamericanas, en particular por

vía de las a menudo severas crisis políticas internas provocadas por los diversos movimientos de guerrilla rural o urbana de tolda marxista-leninista en América Latina en los años 1960, 1970 y 1980. El ocaso de la Unión Soviética en diciembre de 1991 puso un fin temporal a la influencia política y militar rusa en América Latina y el Caribe, en el sentido de que la implosión de la Unión Soviética obligó a su Estado heredero más importante, la actual Federación Rusa, a ocuparse mayormente de las fuertes crisis políticas y económicas internas que la sacudieron hasta el año 2000, época en que comenzó a estabilizarse su situación interna.

## **INTERESES GEOESTRATÉGICOS RUSOS CONTEMPORÁNEOS EN AMÉRICA LATINA**

La disolución de la Unión Soviética se produjo formalmente en diciembre de 1991 y trajo como consecuencia la creación de la Federación Rusa (FR) como el estado heredero más grande de la Unión Soviética, mientras que las demás 14 repúblicas socialistas que conformaban la misma se hicieron todas independientes. De allí que en 1992 comenzó el proceso de la redefinición del rumbo político y económico interno y externo de la FR, habiéndose iniciado la época de la pos-Guerra Fría, con todo lo que significaba ello para la FR y para el mundo entero. La FR es la única de los miembros de la exrepúblicas soviéticas que mantuvo su puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, habiendo retenido el arsenal nuclear soviético. Representando más del 60% del PTB de la Unión soviética y la mayoría abrumadora de la población y de las Fuerzas Armadas soviéticas, la FR siguió siendo el país más grande en la región eurasiática en términos de extensión territorial y de reservas energéticas (Goldman, 2008, p. 28).

Los años 1992-2000 fueron de profundos cambios políticos y económicos domésticos para la recién creada FR, manifestándose en forma de inestabilidad interna en lo político y económico (Mankoff, 2009; Duncan, 2007; Tsygankov, 2006; Shearman, 2004; Gorodetsky, 2003; Gvosdev, 2003; Donaldson y Noguee, 2002; Hopf, 1999). Pese a la prevalencia de la política doméstica, la élite política moscovita alrededor del presidente Yeltsin no perdió de la vista la envergadura de la política exterior y de las relaciones internacionales de la FR, dado el estatus ruso de una exsuperpotencia nuclear, su membresía permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, sus inmensas reservas energéticas, así como su considerable producción y fuerza militar, entre otras ventajas geopolíticas. Sobra recalcar que el principal enfoque de la política exterior rusa siempre ha sido y sigue siendo su



posicionamiento ante Estados Unidos, mientras que su política energética mundial sigue ocupando el segundo puesto en la agenda de la política global rusa y siempre en función de mejorar el primer enfoque y consolidar la situación fiscal nacional de Rusia.

Otros actores de la política mundial y que igualmente siempre han sido de sumo interés para la FR son la Unión Europea (UE), China, India y Japón, mientras que las relaciones con las ex repúblicas soviéticas, en especial aquellas de la Asia Central, con el Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), con el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) y con el Brasil y Sudáfrica como miembros del bloque BRICS, también reclaman una importante parte de política internacional de Rusia. No obstante el intenso y sostenido enfoque ruso en tratar con las “grandes ligas” de la política global, América Latina siempre figuraba en la mira de Moscú hacia el mundo. Así que para 1997 se efectuó la visita del primer ministro ruso Yevgeny Primakov a Argentina, Brasil, Colombia y Costa Rica. Primakov anunció prácticamente de esa manera su doctrina del estatus sistémico mundial de Rusia como “gran potencia” y que Rusia pretende mantener relaciones con todos los continentes y regiones del mundo (Blank, 2010, p. 8; Mankoff, 2009; Trenin, 2009; Baev, 2008, 2007; Schulze, 2007), y a partir de entonces América Latina forma parte de las prioridades mundiales de Rusia. Entre otras metas, Rusia buscaba también “restablecer parte de la influencia internacional que había tenido en sus tiempos de superpotencia y abrir nuevos mercados” para las exportaciones industriales rusas (Sheykina, 2010, p. 191).

La visita el presidente ruso Vladimir Putin a Cuba en 2000 sirvió principal, pero infructuosamente, para renegociar la deuda cubana de US\$ 32 billones con la antigua Unión Soviética en beneficio de la tesorería nacional rusa. Dada que esta deuda cubana fue reestructurada en febrero de 2013, a fin de mantener las relaciones cubano-rusas operativas en caso de profundos cambios políticos en Venezuela y por la posible explotación petrolera rusa en las costas cubanas (Butrin, 2013; Paniev, 2012, p. 46), esta importante concesión rusa apunta a la estrategia de largo plazo del Kremlin de mantener y cultivar óptimas relaciones con todos los países latinoamericanos como potenciales aliados políticos, socios comerciales y hasta como asociados militares.

En 2001, Putin les dirigió un telegrama a los participantes en una conferencia académica sobre América Latina en San Petersburgo, que Rusia aspira cultivar un diálogo político y vínculos económicos con América latina, enfatizando los

lazos en la ciencia, educación y cultura (Bain, 2008, pp. 129-130). La meta rusa de abrirse horizontes nuevos, tanto en lo político-diplomático como económico-comercial, comenzó a adquirir su propia dinámica y dimensión claramente económica con la visita de Putin a Brasil, México y Chile en 2004, considerando las políticas fiscales, económicas y comerciales de tolda liberal y globalizada de esos países. A partir de 1999 y con la llegada de Hugo Chávez al poder presidencial en Venezuela, las relaciones venezolano-rusas toman un giro hacia establecer una asociación estratégica entre esos dos países, aunque Rusia nunca ha expresado un explícito interés en crear un estatus tan estrecho con Venezuela, pese a las 9 visitas de Chávez efectuadas a Moscú y los 63 acuerdos de cooperación firmados durante su presidencia (Boersner y Haluani, 2012, pp. 17-19).

Más allá de la relación ruso-venezolana, la visita del presidente chileno Ricardo Lagos en 2002, del presidente Lula da Silva del Brasil en 2002, 2005, 2006, del presidente mexicano Calderón en 2005 y 2006 a Rusia, así como las visitas oficiales rusas a Brasil en 2001 y 2006, a Argentina y Cuba en 2006, atestiguan el interés de importantes países latinoamericanos en establecer relaciones económicas estables con Rusia (Burlaiy, 2007, p. 50). Posteriores visitas oficiales recíprocas, como la gira del presidente ruso Dmitri Medvedev en 2008 a Brasil y a Perú, Cuba y Venezuela, con marcados aspectos de cooperación militar con esa, así como la visita del presidente brasileño Lula da Silva a Rusia en 2010 y del presidente mexicano Calderón en 2012, son destacados ejemplos entre otros del auge de Rusia en América Latina. Esta nueva presencia rusa en América Latina se debe a las cambiantes estructuras económicas mundiales en el marco de una acelerada globalización y la percibida necesidad geopolítica de equilibrar el balance de poder global (López Zea y Zea Prado, 2010, p. 62).

A partir de año 2000, con la llegada de Valdimir Putin al poder presidencial en Rusia y con la repotenciación del sector energético ruso, surgió en los círculos políticos moscovitas la necesidad de revigorizar la presencia de Rusia a nivel mundial. Sin duda alguna, jugó en esta reivindicación de resurgimiento global la frustración por la debacle de la Unión Soviética después de cinco décadas de asumir el papel de la otra superpotencia nuclear (Prudnikov Romeiko, 2011; Lukyanov, 2010; Trenin, 2010; Zubezú de Bacigalupo, 2009; Tsygankov, 2006; Shearman, 2004; Gorodetsky, 2003). El otro factor que contribuyó al resurgimiento de Rusia en la política mundial, en particular en América Latina, representan los sucesos del 11 de septiembre de 2001 y el intenso enfoque que Estados Unidos le dio a su seguridad nacional y a la “guerra contra el terrorismo”, que desfavoreció a América

Latina al disminuirse el interés estadounidense en países, regiones y temas que no afecten directa y significativamente su seguridad nacional.

Entre 2000 y 2013 la FR emitió tres conceptos formales de su política exterior, testimonio oficial y fundamental de su estrategia para recuperar su posición de “gran potencia” en la jerarquía de poder mundial. Tanto los conceptos de junio de 2000 como aquel de julio de 2008 recalcan la necesidad de enfocar países y regiones más allá de la esfera eurasiática tradicional de Rusia, aquella referida como su “extranjero cercano”, específicamente el sureste asiático, el Medio Oriente, continente africano y América Latina (Ruiz González, 2013, p. 17; Grinberg, 2013; Tretyakov, 2013). El concepto de la política exterior de la FR de 2013 y en sus cláusulas 92 y 93, enfatiza aun más el interés geoestratégico de Moscú en profundizar la cooperación a todo nivel con América Latina, dentro y fuera del bloque de BRICS, dada la creciente importancia económica latinoamericana y su contribución a la economía mundial, especificando la meta rusa de colaborar más estrechamente con la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, Celac y Mercosur y la Alianza del Pacífico (AdeP), (Ministerio de Asuntos Exteriores de la FR, 2013; García Gutiérrez, 2009; Burliy, 2007; Sizonenko, 2007; Ivanov, 2005).

En esas dos cláusulas, Rusia aspira a enfocarse más fuertemente en la expansión de las interacciones políticas, en promover el comercio y las inversiones mutuas directas e indirectas, gubernamentales y privadas, así como cooperar más estrechamente en los campos de la cultura, educación, innovación científico-tecnológica y ayuda humanitaria. Se resalta de forma inequívoca en la cláusula 93 el interés de Rusia en asegurar el posicionamiento de sus empresas estatales o privadas en los sectores crecientes y dinámicos industriales y energéticos, así como de comunicaciones y de transporte. Además, se destaca la importancia de “coordinar respuestas conjuntas ante nuevas amenazas y desafíos”. Es de anotar en este contexto cómo Moscú ambiciona vincular y enlazar la dimensión económico-comercial con aquella geopolítica y geoestrategia. Independientemente de la interpretación que se le pueda dar a las “nuevas amenazas y desafíos”, es evidente que Moscú aspira entablar y cultivar la cooperación política y económico-comercial con selectos países de América Latina para reforzar y perpetuar su presencia en América Latina como parte integral de su resurgimiento geopolítico global.

Febrero de 2014 marcó otra pauta en la “latinoamericanización” de la política exterior rusa. La crisis de Crimea y las revueltas pro-rusas iniciadas en el este de Ucrania trajeron graves repercusiones políticas y financieras para Moscú,

reavivando los temores rusos de una política occidental de contención antirrusa, liderada por EE.UU. Estos recelos postsoviéticos llevaron al presidente Putin a declarar en vísperas de su visita a Cuba, Nicaragua, Argentina y Brasil en julio de 2014 que “la cooperación con América Latina es clave para la política exterior rusa”. Se trata de entablar lazos políticos y militares que darán paso a vínculos económicos más extensos, convirtiéndose así en “una verdadera amenaza a los EE.UU.” (Kostyuk, 2014, p. 7). Aparte de condonarle 90% de la deuda a Cuba y acordar la reapertura de la base de inteligencia radioelectrónica en Lourdes allí, Putin logró más acuerdos de cooperación industrial, energética, comercial y cultural con Argentina y Brasil. La cumbre de los BRICS en Brasilia en ese mismo mes le proporcionó a Rusia otra oportunidad para contrarrestar su potencial aislamiento y recalcar el papel de los BRICS como plataforma para multipolarizar las relaciones internacionales y debilitar así la influencia geoglobal occidental. La acentuación permanente de una multifacética presencia rusa al sur de Río Grande es un hecho geopolítico irreversible (Meacham, 2014; Martel, 2014), el cual encaminará de facto una internalización del poder (mayormente y por los momentos) suave de Rusia.

En su interesante ensayo “Russia turning on Latin America”, el experto ruso Yuri Paniev sobre América Latina detalla las relaciones comerciales ruso-latinoamericanas entre 1992 y 2012 en el siguiente cuadro, destacando el crecimiento en el volumen comercial entre ellos y subrayando el éxito de Rusia en lograr una política comercial más provechosa para las empresas rusas en el subcontinente latino:

Cuadro 1  
Comercio exterior ruso-latinoamericano entre 1992 y 2010  
(Millones de US\$)

	1992	2000	2008	2010
Argentina	150,5	122,9	1975,9	1.124,1
Brasil	146,8	645,9	6711,2	5.874,5
Chile	22,4	19,5	364,7	356,6
Cuba	832,1	385,2	265,1	276,0
Ecuador	14,9	185,2	935,7	974,1
México	19,0	156,7	1230,9	768,8
Perú	19,2	35,7	327,6	328,0
Venezuela	22,1	67,7	957,8	165,3
Total región	1.330,3	5.669,7	15.935,0	12.260,0

Fuente: Paniev (2012, p. 41).

En términos comparativos mundiales, el comercio ruso-latinoamericano en la actualidad no es ni prioritario ni dominante para ninguno de los dos. Alrededor del 8,3% de lo que importa Rusia proviene de América Latina, mientras que las importaciones desde Rusia para América Latina equivalen a 1,2% del total que esta adquiere (WTO, 2012). Para América Latina, el mayor socio comercial es ahora el mismo continente, seguido por Estados Unidos, luego Asia y Europa, mientras que para Rusia, Europa sigue siendo la mayor fuente de sus importaciones y exportaciones, incluyendo gas natural y petróleo. Y desde la perspectiva de la actuación empresarial rusa en América Latina, vale señalar que son relativamente pocas las empresas rusas que operan al sur de Río Grande, dada la circunstancia de que el sector económico ruso productivo sigue siendo dominado por neta exploración y exportación de recursos naturales y de la industria agrícola y bélica, de modo que estos tres sectores representan mayormente las inversiones y la naturaleza de la presencia rusa económica en América Latina.

Es de anotar y a manera de ejemplo que a nivel mundial Gazprom es el mayor extractor de gas natural en el mundo y la mayor compañía de Rusia, controlando 15% de las reservas mundiales de gas natural y una considerable cantidad de las del petróleo. Sin embargo, Gazprom ocupa el puesto 8 entre las empresas europeas más grandes en términos de volumen comercial, mientras que Lukoil está en el puesto 14, Rosneft en el 23 y TNK-BP Holding en el 76 (FAZ, 03-07-2013, p. U9). A nivel mundial, Gazprom es la empresa N° 18 en lo que a volumen de ventas se refiere, con Lukoil la N° 41 y Rosneft la N° 60 (FAZ, 03-07-2013, p. U5). Tal privilegiada posición en la escala productiva mundial para las empresas rusas anteriormente señaladas, significa un importante aporte para aquellos países latinoamericanos, donde el petróleo y sus derivados representan un revelador de sus respectivos sectores económicos, tales como Brasil, Argentina, Venezuela, México y Ecuador.

Las prioridades de la política exterior de Moscú no han dejado de ser su entorno geográfico y geopolítico inmediato, es decir, la parte occidental de Europa y las repúblicas exsoviéticas (Victor Krasilshchikov, entrevistado el 12-06-2013), pese a que ha expandido su horizonte de conceptualización y actuación política externa. Dentro de esta ampliación de ámbito de actuación, cabe la política de exportar armamento a todo país que desee usar tecnologías militares rusas (Rybas, 2008). En este sentido, la empresa estatal de tecnología militar, Rosobornexport, ha suministrado armas y servicios militares (entrenamiento y mantenimiento) a esta región en los años entre 2001 y 2013, por el orden de US\$ 14.500 millones

de dólares, de acuerdo con su director general, Anatoli Isaikin, al intervenir en una sesión parlamentaria de la Duma rusa dedicada a las prioridades de la colaboración entre Rusia y las naciones latinoamericanas (RiaNovosti, 2013). Enfatizó además que la mayor parte de esta suma corresponde a la cooperación militar con Venezuela, estimándose los ingresos de los contratos suscritos con Venezuela en US\$ 11.000 millones.

Tales lazos económico-comerciales rusos con América Latina, tanto en su contexto actual como en el crecimiento deseado y proyectado por Moscú hacia el año 2020, apuntan claramente a incrementar el “poder suave” de Rusia a nivel mundial, en competencia con Estados Unidos, la UE y China. Rusia aspira a que la ascendente importancia del bloque de BRICS (Brenner, 2013; Butler, 2011) se preste para lograr esta meta, logrando mayor cooperación con el Brasil sin entrar en rivalidades con India y sin agudizar su rivalidad con China. Aunque América Latina no representa una prioridad para Rusia (Elena Pavlova, 2013, entrevistada el 05-06-2013), el subcontinente latino representa, sin embargo, un teatro de actuación geopolítica de bajo costo político para Moscú, siempre y cuando tome en cuenta los intereses de Estados Unidos en esa región.

El mayor interés geoestratégico ruso a nivel mundial es lograr un esquema estructural de relaciones internacionales, reforzado por agrupaciones regionales, basado en la multipolaridad de los poderes estatales y regionales, a fin de disminuir el patrón unipolar de poder mundial, ya sea patrocinado por Estados Unidos o reclamado por China (Shleifer y Treisman, 2011; Welch Larson y Shevchenko, 2010; Batyuk, 2010; Blank, 2010). La multipolaridad global encarna para Rusia el único paradigma racional, deseable y viable de relaciones internacionales, que le garantiza a Rusia debilitar la preeminencia, tanto hemisférica como global, de Estados Unidos, contener la expansión de la influencia china y recolocar a Rusia en su reclamada categoría de “gran potencia” mundial, expresada por la Doctrina de Primakov (Ambrosio, 2005, pp. 66-67). Moscú está altamente consciente de que su posicionamiento en la escena global actual requiere de mayor “poder suave” y habilidad diplomática mundial, dadas las múltiples fuerzas conjugadas en la misma, ya sean estado-céntricas, económico-privadas o societales, entre otras más.

Vale agregar en este contexto de los intereses geoestratégicos rusos en América Latina, unas observaciones sobre la esencia y práctica de la formulación e implementación de la política exterior contemporánea rusa. Están académica y ampliamente documentados los rasgos del actual y autocrático sistema político

ruso, dominados por la persona de Vladimir Vladimirovich Putin y sus más influyentes allegados dentro del partido preponderante Yedinaya Rossiya (Rusia Unida: RU), así como sus efectos sobre la política exterior contemporánea rusa (Aggarwal y Govella, 2012; Boersner y Haluani, 2012; Torbakov, 2011; Trenin, 2010; Mankoff, 2009; Oliker, 2009; Baev, 2008; Goldman, 2008; Shevtsova, 2007; Duncan, 2007; Schulze, 2007; Legvold, 2007; Herspring, 2006; Longworth, 2006; Tsygankov, 2006; Melville y Shakleina, 2005; Shearman, 2004; Gorodetsky, 2003; Donaldson y Noguee, 2002). La *democracia dirigida* que Putin asentó en Rusia a partir de 2000, con la posterior ayuda de Dmitri Medvedev, sus aliados oligarcas y los *silovikis* (poderosos) de la RU, no ofrece ni una resistencia efectiva ni una alternativa creíble a los conceptos y criterios de Putin para la política doméstica y exterior rusa.

Esta demócrata putinesca verticalmente controlada, cuenta con asesores leales al gobierno en materia de política exterior, en particular en lo que a comercialización energética y armamentista global se refiere, encabezados por el actual canciller Sergei Lavrov, el secretario del Consejo de Seguridad, Nikolai Patrushev, el director ejecutivo de Rosneft Igor Sechin, el presidente de la Cámara Baja de la Duma (Parlamento) Sergei Narishkin, el jefe del Comité de Asuntos Exteriores de la Duma Alexei Pushkov, más los directores de las empresas estatales rusas más importantes e internacionalmente activas, como Gazprom, Lukoil y Rosoboronsport. Ciertamente es también que ni la Duma, ni los medios de comunicación social y menos la opinión pública independiente aportan insumo alguno a la formulación e implementación de la política exterior contemporánea rusa. De modo que, aparte de los círculos íntimos alrededor de Putin y fuertemente ligados al aparato de seguridad nacional y las empresas estatales, se presentan escasas oportunidades para influir constructivamente sobre el pensamiento y la actuación rusa en materia de su política global.

## VARIABLES DE LA PRESENCIA RUSA EN AMÉRICA LATINA

Más allá de los factores anteriormente señalados que componen el interés geoestratégico ruso contemporáneo en América Latina, vale apreciar igualmente las variables que han hecho el subcontinente latino atractivo para la actuación geopolítica y económica rusa en el mismo. El factor histórico y culturalmente más interesante es ciertamente la falta de rasgos mayormente negativos en las relaciones históricas entre Rusia, ya sea zarista, soviética o contemporánea federal, y los



diversos países latinoamericanos y caribeños. Ni la Rusia zarista y ni la soviética fueron una fuerza colonial, mucho menos con carácter ofensivo, en América Latina. El único elemento negativo en la presencia rusa en el subcontinente latino puede destacarse es el apoyo indirecto de la Unión Soviética a varios movimientos guerrilleros revolucionarios, urbanos y rurales, en las dos décadas entre 1960 y 1980. Habiéndose dado ese apoyo en el contexto hipertenso y nuclearizado de la Guerra Fría, podría exonerarse la Rusia actual de las ideologizadas intromisiones soviéticas, siendo esa parte del pasado que la Rusia contemporánea ni representa ni comparte.

La variable que aparenta ser la más influyente en el resurgimiento de Rusia en América Latina es la orientación ideológica de los sistemas políticos y de las políticas exteriores de selectos países latinoamericanos. En este sentido, Cuba, Venezuela, Ecuador, Nicaragua, Bolivia y hasta cierto grado Argentina, han venido alentando la incursión de Rusia en América Latina, en particular desde la llegada de Hugo Chávez en 1999 al poder presidencial en Venezuela. Ciertamente es que el aspecto ideológico socialista en las naciones arriba señaladas acompaña su interés de desafiar y debilitar la influencia hegemónica tradicional de Estados Unidos en la región (Pavlova, 2011, pp. 64-65). Su interés común ha abierto un considerable espacio geopolítico continental para alianzas tanto nacionalistas y regionalistas como antiestadounidenses, dirigidas a obligar a Estados Unidos a desplegarse de modo menos hegemónico, más multipolar y más sensible a los graves problemas socioeconómicos que aquejan a todo el subcontinente.

El esquema de alianzas latinoamericanas, especialmente las socialistas entre ellas, como el ALBA y la Unasur, parecen a primera vista haber sido el factor primordial en introducir nuevas paradigmas de actuación externa mundial. Sin embargo, el intenso interés de potencias como Rusia y China en entablar provechosos lazos económicos con América Latina ni se guía ni se relaciona con la orientación ideológica de los gobiernos del momento. Los intentos de «endogeneizar» las potencias extrarregionales en América Latina como, por ejemplo, los intentos políticos de Venezuela con respecto a China e Irán, no dieron frutos palpables, en el sentido de que surgieran alianzas efectivas y duraderas con esas naciones extrarregionales (Maihold, 2011, p. 191). Es el “economismo” como principio guía de las relaciones contemporáneas ruso-latinoamericanas y la supremacía de los exitosos negocios y proyectos de inversiones, en particular gubernamentales, que refleja la doctrina reinante en estas relaciones, y no la ideología, sea cual fuera su protagonista, modalidad de actuación o país destinatario.

Otra variable que favorece un acercamiento ruso-latinoamericano es que América Latina ha venido evidenciando cambios macroeconómicos positivos desde el principio de este siglo. La región se ha distinguido por un crecimiento de su PTB del doble de aquel de los años ochenta, marcando el promedio de 4% anuales en las últimas dos décadas. El aporte latinoamericano al PTB global ha aumentado de 5% en 2004 a 8% en 2011 (O'Neil, 2013). La región no solo cuenta con inmensas reservas energéticas, sino que exporta ahora más productos variados de calidad competitiva a nivel mundial, incluyendo computadoras, aviones, mineral de hierro, cobre, artefactos y soya, con Brasil como el mayor productor de ese último producto en 2012. Ya en 2011 se registraron en América Latina cerca de US\$ 170 billones en inversiones extranjeras directas, o sea, 12% del flujo global de tales fondos, con la mayoría de estos beneficiando los sectores de manufactura y de servicios, en particular en los miembros del G-20, México y Brasil. Igualmente, el comercio regional y global de América Latina se ha diversificado en este mismo lapso considerablemente, con 28,8% destinado al mismo subcontinente latino, 20,2% a Estados Unidos, 24,3% a Asia, y 19,68% a Europa (WTO, 2012).

La presencia rusa en América Latina, en particular en lo económico, comercial e industrial, todavía no alcanza importantes dimensiones, comparada con las inversiones norteamericanas, europeas y chinas en la región, pero sí es significativa comparada con la casi nula presencia rusa para 1991. Rusia vendió helicópteros Mi-8, Mi-17, Mi-24 a Venezuela, México, Colombia y Perú. Aviones de combate Su-30 y misiles antiaéreos Iglá-S a Venezuela y MiG-29 al Perú. México, Argentina y Chile planean lanzar sus propios satélites espaciales mediante cohetes rusos desde Baikanur, Kazachstán. Brasil construye su base espacial en Alcantara, estado de Maranhoe, con ayuda rusa. La empresa rusa Silovye Mashinii está presente en México, Brasil y Chile, mientras que en Venezuela ya opera una fábrica de rifles de asalto Kalashnikov AK103 y una fábrica Avtovaz en Ecuador. Tal como se ha señalado anteriormente en el cuadro 1, se nota el crecimiento del comercio exterior ruso-americano, que ha fluctuado de US\$ 1.330 en 1992, pasando por un pico de US\$ 15.935 para 2008, volviendo a US\$ 12.260 para 2010, y alcanzando US\$ 16 billones para 2012 (Agro Perspectiva, 2013).

Otro signo del crecimiento macroeconómico de América Latina lo constituye el hecho que desde 2003 cerca de 73 millones de sus habitantes han superado las barreras tradicionales de la pobreza y llegaron a calificar como clase media, colocando así a un tercio de sus estimados 570 millones de habitantes en la categoría de clase media, mientras que se calcula que el crecimiento de las economías regionales

será en el año 2013, de 3,8% (IMF, 2013). Para países interesados en adquirir y cultivar destinos seguros y lucrativos para sus exportaciones, América Latina, junto con el Caribe, ofrece un mercado atractivo para lazos económicos mutuamente provechosos. Por otra parte, las políticas comerciales exteriores globalizadas de la mayoría de los países latinoamericanos, en especial de Brasil, Chile y México, y su cohesión en bloques comerciales, tales como la ADeP (México, Panamá, Costa Rica, Colombia, Perú y Chile) y Mercosur (Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay) le abren a Rusia, como a muchos más otras potencias económicas, tal como la UE, China, India y Japón, mayores posibilidades comerciales a futuro.

Específicamente en el contexto de bloques, Rusia tiene la inmensa ventaja de pertenecer al bloque de los BRICS, mediante el cual y en estrecha cooperación con su socio “briqueño” Brasil, Rusia aspira lograr mayor presencia económica, y en consecuencia agrandar su “poder suave” geopolítico en América Latina. Los BRICS contribuyeron al incremento del PTB mundial por el 2,5% y al crecimiento global desde 2009 por el orden de 55%, mientras que las 23 naciones industrializadas aportaron tan solo 20% al mismo (Brenner, 2013). Por otra parte, el aporte de los BRICS a las exportaciones globales ha aumentado de 7% a 16,3% en 2012. De hecho, y pese a que Rusia es el miembro más débil económicamente de los BRICS, Moscú cuenta con Brasil y con BRICS para debilitar la hegemonía de Estados Unidos en las instituciones políticas (ONU) y financieras (FMI, Banco Mundial) mundiales, disminuir el dólar como moneda mundial (Blank, 2010, p. 9), y para garantizar mayor multipolaridad en las relaciones internacionales y en la resolución de aquellas crisis regionales, cuyas repercusiones geopolíticas van más allá de sus respectivas dimensiones regionales, tal como es el caso de las sanciones contra Irán y las graves crisis en Egipto, Libia y Siria.

Expertos rusos en la política exterior del Kremlin, en particular hacia el subcontinente latino, recalcan enfáticamente el rol central que Brasil juega para Rusia. Asimismo describe Vladimir Davydov, director del Instituto Latinoamericano en la Academia Rusa de Ciencias, a Brasil como “el único país que puede asumir el rol de un polo alternativo en el espacio entre las dos Américas” (Davydov, 2013, p. 125). Por otra parte, Evgeny Astakhov afirma que Brasil ya ha logrado el papel de un importante actor internacional, aspirando la membresía permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, usando para ese fin su posición dentro de BRICS” (Astakhov, 2012). De allí que Brasil seguirá siendo el eje alrededor del cual girará la política latinoamericana del Kremlin para asegurarse una base estable de relaciones ruso-brasileñas y una entrada a la escena económico-comercial

y geopolítica de América Latina, independientemente de los vínculos políticos y económicos que Rusia pueda tener con otros países en la región.

La tercera variable que favorece una efectiva actuación de Rusia como actor extrarregional en América Latina es el vacío de poder geopolítico regional que ha dejado el desinterés estadounidense, o el abandono, como aseveran algunos autores, en sus vecinos sureños a raíz de su “guerra contra el terrorismo” (Astrada y Martín, 2013; Maihold, 2011, p. 205; Lowenthal et al., 2011; Shifter, 2010; LaRosa, 2006; McPherson, 2006; Holden y Zolov, 2000). Ciertamente es que este vacío no indica en absoluto la falta de interés por parte de Washington y de los empresarios y financieros norteamericanos en el subcontinente latino y sus inmensas posibilidades de negocios e inversiones provechosas, sino que el tema de la seguridad nacional estadounidense ante el terrorismo fundamentalista, la prioridad de proteger los intereses energéticos de Estados Unidos en el Medio Oriente y la seguridad de Israel, así como mantener la alianza transatlántica vigente y dominante en los asuntos internacionales han acaparado la atención de las élites políticas estadounidenses desde la desaparición de la Unión Soviética y más aun desde el 11 de septiembre de 2001.

Se puede argumentar que tal ausencia de influencias geopolíticas no es en realidad un vacío como tal, sino más bien un espacio político en América Latina, que se dejó de ocupar y utilizar impetuosa y frecuentemente por Estados Unidos desde 1991 y así terminó siendo una esfera débilmente ocupada y defendida por todos los actores involucrados, hasta que el crecimiento económico y las exigencias económicas correspondientes de los actores latinoamericanos regionales motivó a los mismos a reclamar este espacio y ocuparlo con sus actuaciones políticas emancipadoras, apoyadas por el surgimiento de potencias extrarregionales a nivel mundial, que compiten por usar ese mismo espacio geopolítico caducamente ocupado por Estados Unidos. En este ambiente de lo que podemos llamar el crecimiento natural y la interacción subsiguiente, pero no siempre pacífica y productiva, de los poderes nacionales en su entorno regional y global, resulta inevitable que un espacio geográfico, atractivo y útil por sí mismo en lo demográfico, económico o militar, quede sin influencia política ninguna, ya sea autóctona o ajena.

Una quinta variable, e igualmente importante, puede señalarse como el factor China. Las masivas inversiones directas que China ha venido efectuando en todo el subcontinente latinoamericano, incluyendo a Surinam y Guyana, estimadas para el período 2005-2012 en billones de US\$ 27,7 en Brasil, US\$ 13,9 en Venezuela y

US\$ 7,9 en Ecuador, entre otros países latinoamericanos, no parecen incontables en comparación con los US\$ 55,9 billones, los US\$ 54 billones o los US\$ 36,7 billones que China ha invertido para el mismo lapso en Australia, en Estados Unidos y en Canadá, respectivamente (Erling, 2013). Sin embargo, y considerando el PTB de los países latinoamericanos, la influencia de los fondos chinos en la economía nacional, y por ende en sus respectivas políticas exteriores, es potente. El factor China representa, pues, una oportunidad para un financiamiento que puede desplazar el apoyo financiero de acreedores tradicionales, creando una nueva dependencia financiera de nuevos acreedores, asumiendo que el gobierno protagonista esté dispuesto a pagar el precio político de tal “cambio de dependencia”.

Alcanzando US\$ 86 billones desde 2005, las inversiones chinas en América Latina son ciertamente más imponentes que aquellas rusas al sur de Río Grande y políticamente más impactantes a nivel tanto doméstico como externo. Al contar con mayor apoyo financiero chino, numerosos gobiernos se sienten más libres de ignorar condiciones y criterios usualmente impuestos por Estados Unidos en lo que a reglas del juego democrático interno, respeto a la libertad de expresión y los derechos humanos se refiere, permitiéndoles así a los deudores latinoamericanos mayor margen político interno para valerse de sus propios dogmas y criterios de gobernabilidad política doméstica. Por otra parte, las inversiones chinas, en especial aquellas dedicadas a la infraestructura nacional y subcontinental, siendo el proyecto del canal de Nicaragua un óptimo ejemplo, se prestan para conectar América Latina más hacia el océano Pacífico, facilitando así el comercio con China y el acceso chino a América Latina (Ellis, 2013a, p. 9; Gallagher y Porzecanski, 2010; Roett y Paz, 2008).

En términos estrictamente geoestratégicos y geopolíticos, las enormes inversiones chinas constituyen ciertamente una seria competencia para aquellas norteamericanas y otras de diversas potencias extrarregionales, en particular las rusas, reforzando el deseo de fortalecer el comercio mundial Sur-Sur. El factor China, con base en sus intereses geoestratégicos, contribuye a disminuir la influencia estadounidense tradicional en América Latina y que los países de la región le pierdan el respeto a Estados Unidos en la región (Ellis, 2013b, p. 2; Shifter, 2010). La presencia china complementa y refuerza la actuación de otras potencias extrarregionales, como Rusia e Irán, en lo que al debilitamiento y desplazamiento de la influencia norteamericana respecta. Geopolíticamente, la creciente tendencia en América Latina hacia la diversificación de sus importaciones, exportaciones y sus fuentes de financiamiento, así como el crecimiento de su economía globalizada,

refuerzan su influencia política mundial más allá de las Américas como un viable y atractivo socioeconómico. No obstante, en este escenario alentador, la alta dependencia económica de algunos socios latinoamericanos de Rusia y China verán sus políticas exteriores y alianzas extrarregionales actuando más en función de los intereses globales de Moscú y Beijing que de los propios.

## **CONCLUSIONES IMPLICACIONES Y PERSPECTIVAS DE LA PRESENCIA RUSA EN AMÉRICA LATINA**

La presencia rusa en América Latina, al igual que aquella china e iraní, introduce una oportunidad para los países del ALBA, Unasur y Celac de contar con socios comerciales y/o acreedores extrarregionales tradicionales, más allá de Estados Unidos y la UE. Pero una cosa es iniciar y cultivar oportunos y fructuosos lazos comerciales transoceánicos y otra es entablar alianzas políticas y asociaciones estratégicas de tinte ideológico vinculante y comprometedor en el largo plazo. En la arena de las rivalidades regionales y globales entre potentes naciones, frecuentemente con potencial conflictivo, los países de menor poder nacional y de inferior ubicación en la jerarquía mundial de la distribución del poder corren el riesgo de sobrestimar el valor geoestratégico de su asociación con su “socio mayor” y por ende de sobrestimar su capital geopolítico regional y global, al ver sacrificada esta asociación por parte de su “protector” por causa de superiores motivos e intereses de ese último.

Por otro lado, el surgimiento de Rusia en América Latina les ofrece a sus asociados, como lo hace la entrada de China e Irán, un marco de apoyo y así un instrumento de empoderamiento geopolítico para presionar a la potencia hegemónica norteamericana tradicional a repensar su política regional económico-financiera, en particular en vista de las crecientes influencias extrarregionales en América Latina. En este contexto se estima que Rusia mantendrá su influencia en la región. La importancia económica de Rusia se anotará en el plano global más para Brasil, Argentina y México por sus vínculos dentro de BRICS y del G-20, respectivamente, y por el G-8, que Rusia presidirá para el año 2014, y en menor grado para Venezuela, Ecuador, Bolivia y Nicaragua, puesto que la política antiamericana de estos le puede costar a Moscú una considerable porción del capital político-diplomático y geopolítico que Rusia necesita para manejar más acertadamente sus relaciones con Estados Unidos, un precio que el Kremlin a lo mejor no querrá pagar.

Ocupando 12% de la extensión terrestre de nuestro planeta, Rusia es un gigante en todo el sentido de la palabra. Considerando además sus cuantiosos aportes a las ciencias, ingeniería y artes, es innegable su grandeza como nación a lo largo de su movida historia y en sus diferentes formas de organización política interna. Es indudable una ganancia para América Latina contar con un socio económico, comercial e industrial de la envergadura de Rusia, alterno a la opción norteamericana o china. Sin embargo, el futuro de Rusia como una “gran potencia” está en duda, por mucho que les embelese a las élites rusas gobernantes tildarse de esa etiqueta. Son cuantiosos y onerosos los desafíos sistémico-estructurales y sociales que aquejan al crecimiento de Rusia como país desarrollado, comenzando con la decreciente población, sus decaídas bases científicas e industrial-productivas, así como su defectuoso sistema de salud.

Ciertamente que los impedimentos al cabal desarrollo de Rusia vienen de la brusca y traumatizante transformación del ultracerrado sistema soviético de más de 70 años a uno más moderno, abierto y equitativo. Sus avances científico-industriales han disminuido marcadamente. Desde 1990 tan solo cinco rusos se han ganado el premio Nobel, mientras que más de 120 norteamericanos se destacaron de esa manera en el mismo lapso. Para 2011, Rusia registro tan solo mil patentes industriales, la misma cifra que presentó la empresa alemana Bosch para el mismo año. Gazprom, Rosneft, Sukhoi, Kalashnikov y AvtoVAZ, entre muchas otras marcas rusas de renombre mundial, ejercen sin duda alguna un gran atractivo. Pero América Latina necesita socios más innovadores, dinámicos y flexibles en lo que a la industrialización y producción de artefactos y productos de consumo diario se refiere. Así que cada país debe decidir en qué materia y en qué medida le puede ser útil y bienvenido el aporte ruso a su desarrollo.

Considerando que para Moscú sus más urgentes prioridades geopolíticas siguen siendo más en la esfera terrestre adyacente eurasiática, europea y asiática que en ultramar, su gran ventaja en contar con asociados latinoamericanos es fiarse de una zona de influencia comparativamente ventajosa desde la perspectiva tanto económico-comercial y energética como geopolítica, ofreciéndole al Kremlin una conveniente baza/carta de negociación ante Estados Unidos, la UE o China, en el caso de que se le presente a Rusia más ventajas en la esfera eurasiática, como finiquitar la radicación de misiles antimisiles SM-3 de la OTAN en Polonia y Rumania en el año 2020, al atenuar su presencia en América Latina, especialmente aquella caracterizada por suministro de armamentos considerados preocupantes por Estados Unidos, como los temibles misiles antiaéreos rusos Iglá-S.



En cuanto a Estados Unidos, la era de las Américas posmonroísta ya es un irrefutable hecho geopolítico. La ascendente globalización y la preponderancia del economismo diluyen cada vez más el predominio absoluto de cualquier potencia en cualquier región, ya que un factor influyente a disposición de un país dado bien puede ser balanceado o hasta neutralizado por otro factor influyente de otro país. Asimismo, aunque crezca la injerencia económico-financiera de Rusia en algunos países de América Latina, la dependencia económica de esos mismos países de China debilitarían así la influencia rusa, de la misma manera que el apego que otros países manifiestan hacia Estados Unidos les seguirá proporcionando a Washington considerable proyección política, geopolítica y económica, aunque sea indirectamente en el subcontinente latinoamericano.

El factor Rusia representa, en el mismo sentido y contexto, pero en menor grado que lo encarna el factor China, un instrumento de presión y una ventaja competitiva, que el país benefactor de la presencia rusa pudiera utilizar para optimizar su posición geopolítica ante sus rivales regionales, como puede ser apoyo económico crítico, de armamentos, de votos favorables en instituciones regionales y/o mundiales o reconocimiento diplomático crucial, entre otros posibles y negociables dividendos. Este papel de balanceador geopolítico y de la baza de preeminencia es por lo general deseado por los países latinoamericanos benefactores directos de la injerencia rusa, lo cual no significa que Moscú aspira ampliar y profundizar su presencia en América Latina en cada oportunidad que un país dado se lo pide. Más bien, el Kremlin se destaca en su política exterior por su alta selectividad en lo que a utilización de sus recursos económicos, industriales y/o militares en América Latina se refiere.

El criterio más perceptible en esta selectividad pragmática y utilitaria rusa es el cálculo racional que Moscú emplea en términos de balancear los costos políticos, en particular con mira a la escena mundial y sus intereses geoestratégicos globales, balanceados con los beneficios económicos directos que Rusia pueda percibir de su presencia en América Latina. Siendo notorios jugadores de ajedrez, todo aspecto de su presencia y actuación en América Latina está escrupulosamente calculado en el Kremlin para traerle primero beneficios financieros palpables a las empresas estatales rusas y segundo dividendos geopolíticos a Moscú, en términos de mayor presencia e influencia política mundial, como parte de su anhelo a volver a desempeñar el papel de una “gran potencia”.

A grandes rasgos, los mismos criterios de cálculo costo-beneficio se aplican a China, con la diferencia que China ostenta mayor capacidad económica,

industrial-productiva y financiera que Rusia. En el marco de un juego de sumacero, pareciera ser que todo lo que Rusia y China se están ganando en términos de afiliaciones políticas y mercados, tanto de importaciones como de exportaciones latinoamericanas, se lo están perdiendo Estados Unidos, la UE y Japón. Sin embargo, la economía estadounidense sigue siendo la más grande en el mundo y mucho de la reacción de Washington depende de cómo esta única superpotencia global interpreta la extensión e intensidad de la presencia rusa, china o hasta iraní en lo que solía ser su “patio trasero.” La compleja y constante interacción entre la globalización en lo económico por un lado y la necesidad de una multipolaridad institucional global en lo político por el otro no favorecerá a ninguna potencia en particular, pero sí conducirá a la difusión del poder nacional y la multipolaridad, y beneficiará así a la mancomunidad estatal y societal mundial.

## BIBLIOGRAFÍA

AGGARWAL, V.K. y GOVELLA, K. (2012). *Responding to resurgent Russia: Russia policy and responses from the European Union and the United States*. Springer Verlag.

AGRO PERSPECTIVA. (2013). Agro Perspectiva. <http://www.agroperspectiva.com/ru/>. 28.05.2013. Disponible en: <http://www.agroperspectiva.com/en/news/110931>.

ALEXANDER, J.T. (1989). *Catherine the Great. Life and legend*. Oxford University Press.

AMBROSIO, T. (2005). *Challenging America's global preeminence. Russia's quest for multipolarity*. Ashgate Publishing.

ASTAKHOV, E. (2012). “Map of Latin America in the twenty-second century”. Russian International Affairs Council. <http://russiancouncil.ru/>. 24.07.2012. Disponible en: [http://russiancouncil.ru/en/inner/?id\\_4=635](http://russiancouncil.ru/en/inner/?id_4=635).

ASTRADA, M.L. y MARTIN, F.E. (2013). *Russia and Latin America: From Nation-State to society of states*. Palgrave Pivot.

BAEV, P.K. (2008). *Russian energy policy and military power: Putin's quest for greatness*. Routledge.

BAEV, P.K. (2007). "Russia aspires to the status of 'energy superpower'". *Strategic Analysis*, vol. 31, n° 3, pp. 447-465.

BAIN, M.J. (2008). *Russian-Cuban relations since 1992. Continuing camaraderie in a post-soviet world*. Lexington Books.

BARRAGY, T.J. 1961. The diplomatic penetration of imperial Russia into South America. Tesis presentada a la Facultad de Postgrado de la Universidad Marquette, Milwaukee, Wisconsin, EE.UU. Disponible en: [http://www.marquette.edu/library/theses/already\\_uploaded\\_to\\_IR/barra\\_t\\_1961.pdf](http://www.marquette.edu/library/theses/already_uploaded_to_IR/barra_t_1961.pdf).

BARTLEY, R.H. (1978). *Imperial Russia and the struggle for Latin American independence 1808-1828*. University of Texas Press.

BATYUK, V. (2010). "The mechanisms of Russian-American partnership". *International Affairs* (Moscú), vol. 56, n° 4, pp. 92-97.

BLACK, L. (2004). *Russians in Alaska: 1732-1867*. University of Alaska Press.

BLANK, S.J. (2010). "Beyond the reset policy: Current dilemmas of US-Russia relations". *Comparative Strategy*, vol. 29, n° 4, pp. 33-367.

BLANK, S.J. (2009). *Russia in Latin America: Geopolitical games in the US's neighborhood*. Institut Français des Relations Internationales.

BOERSNER, A. y HALUANI, M. (2012). "Moscú mira hacia América Latina. Estado de la situación de la alianza ruso-venezolana". *Nueva Sociedad*, n° 236, pp. 16-26.

BONFILI, C. (2010). "The U.S. and Venezuela: The social construction of interdependent rivalry". *Security Dialogue*, vol. 41, n° 6, pp. 669-690.

BRENNER, X. (2013). "Emerging markets: Goodbye BRICS, hello MIST." *CoVestor*. <http://covestor.com/>. 29.03.2013. Disponible en: [http://investing.covestor.com/2013/03/bric-funds-lose-their-shine-as-u-s-stocks-are-crushing-it?aff=TAB&utm\\_source=TAB&utm\\_medium=taboola&utm\\_campaign=content](http://investing.covestor.com/2013/03/bric-funds-lose-their-shine-as-u-s-stocks-are-crushing-it?aff=TAB&utm_source=TAB&utm_medium=taboola&utm_campaign=content)

BUGUEÑO DROGUETT, R. y PLACENCIA RODRÍGUEZ, R. (2008). “Hugo Chávez y Vladimir Putin: hidrocarburos, regímenes autoritarios y diplomacia energética”. *Lateinamerika Analysen*, pp. 143-176.

BURLIAY, Y. (2007). “Russia’s Latin American tango”. *International Affairs*, vol. 53, n° 3, pp. 50-54.

BUTLER, C. (2011). “BRICS growing in stature”. *Daily Reckoning*. <http://dailyreckoning.com/>. 14.04.2011. Disponible en: <http://dailyreckoning.com/brics-growing-in-stature/#ixzz1LrCrRLsD>.

BUTRIN, D. (2013). “Why is Russia writing off billions of Cuba’s debt? It’s more about secret oil reserves than Cold War nostalgia”. *Kommersant/Worldcrunch*. <http://www.worldcrunch.com/>. 28.02.2013. Disponible en: <http://www.worldcrunch.com/business-finance/why-is-russia-writing-off-billions-of-cuba-039-s-debt-/medvedev-castro-soviet-union-ussr-oil-offshore-drilling/c2s11038/>

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA DEFENSA NACIONAL (Ceseden), (2010). “Influencia de la nueva Rusia en el actual sistema de seguridad”. Madrid. Disponible en [http://www.ceseden.es/centro\\_documentacion/monografias/113.pdf](http://www.ceseden.es/centro_documentacion/monografias/113.pdf).

CHESTON, T.S. (1974). *Aspects of Soviet policy toward Latin America*. MSS Information Corporation.

CHEVIGNY, H. (1979). *Russian America: the Great Alaskan venture 1741-1867*. Binford & Mort Publications.

COHEN, A. y WALSER, R. (2008). “The Russia-Venezuela axis uses energy as weapon”. *EnerPub: The Energy Publisher*. Disponible en: <http://www.heritage.org/research/reports/2008/07/the-russia-venezuela-axis-using-energy-for-geopolitical-advantage> y <http://www.energypublisher.com/print.asp?idarticle=15770>.

CORRALES, J. (2009). “Using social power to balance soft power: Venezuela’s foreign policy”. *The Washington Quarterly*, vol. 32, n°4, pp. 97-114.

DAVYDOV, V. (2013). “Brazil, the country of the future in the present”. *International Affairs* (Moscú), vol. 59, n° 1, pp. 123-129.

DE HAAS, M. (2010). *Russia's foreign security policy in the 21st Century: Putin, Medvedev and Beyond*. Routledge.

DONALDSON, R.H. y NOGEE, J.L. (2002). *The foreign policy of Russia: Changing systems, enduring interests*. M.E. Sharpe.

DUNCAN, P. (2007). "Oligarchs", *business and Russian foreign policy: From El'tsin to Putin*. Centre for the Study of Economic and Social Change in Europe: CSESCE. University College London. Disponible en [http://www.ssees.ucl.ac.uk/publications/working\\_papers/wp83.pdf](http://www.ssees.ucl.ac.uk/publications/working_papers/wp83.pdf).

ELIZAROV, N.M. (1997). "Rusia-Venezuela: relaciones en los años 1856-1996" (Texto original en idioma ruso). *Mezhdunarodnaja Zhizn (Vida Internacional, Moscú)*, n° 6, pp. 90-94.

ELLIS, R.E. (2013a). *Beyond 'win-win' and the menacing dragon: How China is transforming Latin America*. Washington, D.C.: Center for Hemispheric Defense Studies, National Defense University.

ELLIS, R.E. (2013b). "China's new backyard. Does Washington realize how deeply Beijing has planted a flag in Latin America?". *Foreign Policy*. <http://www.foreignpolicy.com/>. 06.06.2013. Disponible en [http://www.foreignpolicy.com/articles/2013/06/06/china\\_s\\_new\\_backyard\\_latina\\_america](http://www.foreignpolicy.com/articles/2013/06/06/china_s_new_backyard_latina_america)

ERLING, J. (2013). "Peking kauft sich Einfluss rund um den Globus". *Die Welt*. <http://www.welt.de/>. 19.02.2013. Disponible en: <http://www.welt.de/politik/ausland/article113764752/Peking-kauft-sich-Einfluss-rund-um-den-Globus.html>.

FELGENHAUER, P. (2006). "Caracas gets recycled Russian weapons to repel alleged U.S. plan to attack Venezuela". *Eurasia Daily Monitor*, pp. 20-23, James-town Foundation, Washington, D.C.

FLEISCHMAN, L. 2013. *Latin America in the post-Chávez era: The Security Threat to the United States*. Potomac Books.

FLEMES, D. y NOLTE, D. (2010). "Alianzas externas para armamento y defensa: una nueva dimensión en la agenda de seguridad latinoamericana". *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 10, n° 1, pp. 22-33.

GALLAGHER, K. y PORZECANSKI, R. (2010). *The dragon in the room: China and the future of Latin American industrialization*. Stanford University Press.

GARCÍA GUTIÉRREZ, A. (2009). “Nuevas tendencias de la política exterior de Rusia. Perspectivas para América Latina”. *Relaciones Internacionales. Revista AFESE Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano*, 47, pp. 101-117. Disponible en <http://www.afese.com/img/revistas/revista47/tendenciarusa.pdf>.

GEORGE, A.L. (2013). *The Cuban missile crisis: The threshold of nuclear war*. Routledge Chapman & Hall.

GOLDMAN, M.I. (2008). *Petrostate – Putin, power, and the new Russia*. Oxford University Press.

GONZÁLEZ URRUTIA, E. (2008). “La política exterior de Venezuela y la nueva geopolítica Internacional”. ILDIS / CEERI, abril de 2008. Disponible solo en <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/caracas/05560.pdf>.

GORODETSKY, G. (2003). *Russia between East and West: Russian foreign policy on the threshold of the twenty-first century*. Routledge.

GRAHAM, T. (2008). *U.S.-Russia relations: Facing reality pragmatically*. Center for Strategic and International Studies.

GRINBERG, R. (2013). “Apropos Russia’s new foreign policy concept”. *International Affairs* (Moscu), vol. 59, n° 1, pp. 25-40.

GVOSDEV, N. (2003). *Russia in the national interest*. Transaction Publishers.

GVOSDEV, N. y C. MARSH (2014). “Russian foreign policy: Interests”. *Vectors, and Sectors*. CQ Press.

HAPERSKIJ, E. (2010). “Cuba-Russia now and then”. *Council on Hemispheric Affairs*. <http://www.coha.org/>. 24.02.2010. Disponible en <http://www.coha.org/cuba-russia-now-and-then/>

HERSPRING, D. (2006). *Putin’s Russia: Past imperfect, future uncertain*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc.

- HIRO, D. (2010). *After Empire: The birth of a multipolar world*. Nation Books.
- HOLDEN, R.H. y ZOLOV, E. eds. (2000). *Latin America and the United States: A documentary history*. Oxford University Press.
- HOPF, T. (ed.) (1999). *Understandings of Russian foreign policy*. Pennsylvania State University Press.
- INTERNATIONAL MONETARY FUND. (2013). "Regional economic outlook. Latin American growth to edge higher in 2013. IMF Survey". *International Monetary Fund*. <http://www.imf.org/external/index.htm>. 06.05.2013. Disponible en: <http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/so/2013/CAR050613A.htm>.
- ISACSON, A. (2011). "Why Latin America is rearming". *Current History*, febrero 2011, pp. 62-67.
- IVANOV, I.S. (2005). *La nueva diplomacia rusa: diez años de política exterior*. Alianza Editorial.
- KAHHAT, F. (2008). "¿Guerra Fría en los Andes?". *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 8, n° 3, pp. 35-41.
- KATZ, M.N. (2006). "Russia's long reach: The Putin-Chavez partnership". *Problems of Post-Communism*, vol. 53, pp. 3-9.
- KOSTYUK, R. (2014). "Russia in America's backyard". *Russiadirect Monthly Memo*, n° 12, julio de 2014. Disponible en [http://www.russia-direct.org/rd\\_monthly\\_july\\_2014](http://www.russia-direct.org/rd_monthly_july_2014).
- KRASILSHCHIKOV, V. (2008). The rise and decline of catching up development. An experience of Russia and Latin America with implications for Asian 'tigers'. *Entelequia*, Disponible en <http://www.eumed.net/entelequia/en.lib.php?a=b008>.
- KUSHNER, H.I. (1975). *Conflict on the Northwest coast. American-Russian rivalry in the Pacific northwest, 1790-1867*. Greenwood Press.
- LAROSA, M. (2006). *Neighborly adversaries: Readings in U.S.-Latin American relations*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc.



LEGVOLD, R., ed. (2007). *Russian foreign policy in the twenty-first century and the shadow of the past*. Columbia University Press.

LEONOV, N. (1999). “La inteligencia soviética en América Latina durante la Guerra Fría”. *Estudios Públicos*, n° 73. Disponible en [http://www.offnews.info/downloads/rev73\\_leonov.pdf](http://www.offnews.info/downloads/rev73_leonov.pdf).

LONGWORTH, P. (2006). *Russia: The once and future empire from pre-history to Putin*. St. Martin’s Press.

LÓPEZ ZEA, L. y ZEA PRADO, I. (2010). “Los tres pilares de Rusia en América Latina (Después de la Guerra Fría)”. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, n° 108, septiembre-diciembre, pp. 55-80.

LOWENTHAL, A.F., eds. (2011). *Shifting the balance: Obama and the Americas*. Washington, D.C.: Brookings Institution.

LUCAS, E. (2009). *The new Cold War: Putin’s Russia and the Threat to the West*. Palgrave Macmillan.

LUKYANOV, F. (2010). “Rethinking Russia: Russian dilemmas in a multipolar world”. *Journal of International Affairs*, Spring/Summer 2010, vol. 63, n° 2, pp. 19-32. Disponible en: <http://jia.sipa.columbia.edu/russian-dilemmas-multipolar-world>.

MCPHERSON, A.L. (2006). *Intimate ties, bitter struggles: The United States and Latin America since 1945*. Potomac Books Inc.

MCMAHON, R.J., ed. (2013). *The Cold War in the Third World*. Oxford University Press.

MAIHOLD, G. (2011). “Reorientación y diversificación: América Latina entre nuevas oportunidades y viejos legados”. En Wollrad, D. et al., eds. *La agenda internacional de América Latina: entre nuevas y viejas alianzas*, pp. 184-210. Nueva Sociedad-Fundación Friedrich Ebert-Stiftung Wissenschaft und Politik.

MANKOFF, J. (2009). *Russian foreign policy: The return of great power politics*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc.

MARTEL, F. (2014). Putin's slow and steady reconquista of Latin America. <http://www.breitbart.com/>. 20-03-2014. Disponible en <http://www.breitbart.com/Big-Peace/2014/03/20/Putin-s-Slow-And-Steady-Reconquista-Of-Latin-America>.

MATTHEWS, O. (2013). *Glorious misadventures: Nikolai Rezanov and the dream of a Russian America*. Bloomsbury.

MEACHAM, C. (2014). "Is Russia moving in on Latin America?". Center for Strategic and International Studies. <https://csis.org/>. 25-03-2014. Disponible en <https://csis.org/publication/russia-moving-latin-america>.

MEISTER, S. (2011). "Multipolare rhetorik vs. unilaterale ambitionen. Die Grenzen russischer Außenpolitik". *DGAPanalyse*, n° 3, abril de 2009.

MELVILLE, A. y SHAKLEINA, T., eds. (2005). *Russian foreign policy in transition: Concepts and realities*. Central European University Press.

MILLER, N. (1990). *Soviet relations with Latin America 1959-1987*. Cambridge University Press.

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES DE LA FEDERACIÓN RUSA. Concept of the foreign policy of the Russian Federation. <http://www.mid.ru/bdomp/sitemap.nsf>. 12.02.2013. Disponible en [http://www.mid.ru/bdomp/brp\\_4.nsf/e78a48070f128a7b43256999005bcbb3/76389fec168189ed44257b2e0039b16d!OpenDocument](http://www.mid.ru/bdomp/brp_4.nsf/e78a48070f128a7b43256999005bcbb3/76389fec168189ed44257b2e0039b16d!OpenDocument).

MORINI, D. 2010. "Quo vadis Rossiya? Recent trends in Russian foreign policy". *Forward. Global analysis*. Disponible en <http://foreword.com.au/foreword/1-latest-news/60-quo-vadis-rossiya-recent-trends-in-russian-foreign-policy-.html>.

NECHAEV, S.Y. (2010). *Russian in Latin America* (Ruskie v Latinskoy Amerike). Veche.

OLIKER, O. (2009). *Russian foreign policy: Sources and implications*. Rand Corporation.

O'NEIL, S.K. (2013). "Latin America's secret success story". *The Daily Beast*. <http://www.thedailybeast.com/>. 16.07.2013. Disponible en <http://www.thedailybeast.com/articles/2013/07/16/latin-america-s-secret-success-story.html>

- PANIEV, Y. (2012). "Russia turning on Latin America". *Austral. Brazilian Journal of Strategy and International Relations*, vol. 1, n° 1, pp. 37-50.
- PANTELEOV, Y. (2013). "Foreign policy and innovative diplomacy". *International Affairs* (Moscú), vol. 59, n° 1, pp. 52-58.
- PAVLOVA, E. (2011). "Latinoamérica y Rusia". *Foreign Affairs Latinoamerica*, vol. 11, n° 2, abril-junio, pp. 57-66.
- PELLICER, O. (2010). "La seguridad regional. Los caminos divergentes de Latinoamérica". *Foreign Affairs Latinoamerica*, vol. 10, n° 1, pp. 45-50.
- PRIZEL, I. (2008). *Latin America through Soviet eyes. The evolution of Soviet perceptions during the Brezhnev era 1964-1982*. Cambridge University Press.
- PRUDNIKOV ROMEIKO, V. (2011). *El reposicionamiento de la Federación Rusa: retos y alternativas geoestratégicas*. CEIICH/UNAM.
- PRUDNIKOV ROMEIKO, V. (2009). "¿Continuidad o cambios en la política exterior de Rusia?" *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, n° 103, pp. 79-102, enero-abril.
- RIANOVOSTI. "Rusia vendió a Latinoamérica armas por 14.500 millones de dólares en 12 años". *RiaNovosti*. <http://sp.ria.ru/>. 13.05.2013. Disponible en <http://sp.ria.ru/Defensa/20130513/157059163.html>.
- ROETT, R. y PAZ, G., eds. (2008). *China's expansion into the Western hemisphere: Implications for Latin America and the United States*. Brookings Institution Press.
- RUIZ GONZÁLEZ, F.J. (2013). *El concepto de la política exterior de Rusia: un estudio comparativo*. Instituto Español de Estudios Estratégicos. <http://www.ieee.es/>. 09-04-2013. Disponible en <http://www.ieee.es/documentos/areas-tematicas/seguridad-y-defensa/2013/DIEEEM06-2013.html>.
- RYABKOV, S. (2010). "Russia-U.S.: Time to make up for lost time". *International Affairs* (Moscú), vol. 56, n° 4, pp. 36-43.
- RYBAS, A. (2008). "Avance en el mercado global de armas" (texto original en idioma ruso). *Rossia v Globalnoi Politike (Rusia en la Política Global*, Moscú), vol. 6, n° 2, pp. 113-123.

SAFRANCHUK, I. (2008). "Traveling in different boats". *Russia in Global Affairs*, vol. 6, n° 4, pp. 78-89.

SÁNCHEZ RAMÍREZ, P.T. (2010). "La Federación Rusa y su entorno geopolítico en los nuevos arreglos mundiales de poder". *Política Cultural*, n° 34, pp. 159-185.

SÁNCHEZ, W.A. (2010). "Russia and Latin America at the dawn of the twenty-first century". *Journal of Transatlantic Studies*, vol. 4, n° 8, pp. 362-384.

SANTOS, G. (2010a). *Rusia en América Latina*. México: Centro de Documentación, Información y Análisis. Dirección de Servicios de Investigación y Análisis. Legislatura. Cámara de Diputados. Disponible en <http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/spe/SPE-ISS-06-10.pdf>.

SANTOS, G. (2010b). *La nueva política exterior rusa*. México: Centro de Documentación, Información y Análisis. Dirección de Servicios de Investigación y Análisis. Legislatura. Cámara de Diputados. Disponible en <http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/spe/SPE-ISS-04-10.pdf>.

SARADZHYAN, S. y LOGAN, S. (2008). "Backyard games". *ISN Security Watch/International Relations and Security Network*. Disponible en <http://www.res.ethz.ch/news/sw/details.cfm?Ing=en&id=92776>.

SCHULZE, P.W. (2007). "Russlands Rückkehr als Machtfigur der europäischen und internationalen Politik". *Internationale Politik und Gesellschaft*, n° 3, pp. 114-130.

SERRA MASSANSALVADOR, F. (2010). "Russia's foreign policy in a world in crisis: A long path to fluid and 'normal' relations". Disponible en [http://aei.pitt.edu/29782/1/SerraRussian\\_FPWorldCrisisLongMay10.pdf](http://aei.pitt.edu/29782/1/SerraRussian_FPWorldCrisisLongMay10.pdf).

SERRA MASSANSALVADOR, F. (2009-2010). "Rusia y su política exterior. Médivédev: un duro período de prueba". *Anuario Ceipaz*, pp. 181-195, Icaria.

SHEARMAN, P., ed. (2004). *Russian foreign policy since 1990*. Westview Press.

SHEVTSOVA, L. (2007). *Lost in transition*. Carnegie Endowment for International Peace.

SHEYKINA, V. (2010). “Historia de las relaciones Rusia-América Latina: evolución y perspectivas”. *Centro de Estudios de Iberoamérica*, vol. 4, n° 1. Disponible en [http://www.urjc.es/ceib/investigacion/publicaciones/REIB\\_04\\_10\\_Sheykina.pdf](http://www.urjc.es/ceib/investigacion/publicaciones/REIB_04_10_Sheykina.pdf).

SHIFTER, M. (2010). “Adiós amigos. How Latin America stopped caring what the United States thinks”. *Foreign Policy*. <http://www.foreignpolicy.com/>. 02.03.2010. Disponible en [http://www.foreignpolicy.com/articles/2010/03/02/how\\_latin\\_america\\_stopped\\_caring\\_what\\_the\\_united\\_states\\_thinks](http://www.foreignpolicy.com/articles/2010/03/02/how_latin_america_stopped_caring_what_the_united_states_thinks)

SHIFTER, M. (2006). “In search of Hugo Chávez”. *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2006. Disponible en <http://www.foreignaffairs.com/articles/61703/michael-shifter/in-search-of-hugo-ch%C3%83%C2%A1vez>.

SHLEIFER, A. y TREISMAN, D. (2011). “Why Moscow says no”. *Foreign Affairs*, enero-febrero, pp. 122-138.

SIZONENKO, A.I. (2007). “Latin America. A fixture in Russian diplomacy”. *International Affairs* (Moscú), vol. 5, n° 1, pp. 117-131.

SMITH, M.A. (2009). *Russia & Latin America: Competition in Washington's “near abroad”?* Defence Academy of the United Kingdom, Shrivenham.

SMITH, P.H. (2007). *Talons of the Eagle: Latin America, the United States, and the world*. Oxford University Press.

SUCLICKI, J. (2009). “El desafío de Cuba y Venezuela a la seguridad del hemisferio: implicaciones para los Estados Unidos”. Centro para la Apertura y Desarrollo de América Latina. Disponible en [http://www.cadal.org/documentos/documento\\_110.pdf](http://www.cadal.org/documentos/documento_110.pdf).

TORBAKOV, I. (2011). “What does Russia want? Investigating the interrelationship between Moscow's domestic and foreign policy”. *DGAPanalyse*, n° 1, mayo. Disponible en <http://www.dgap.org/2011/05/24/what-does-russia-want>.

TRENIN, D. (2010). “Rusia rediviva. La reinención de la política exterior de Moscú”. *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 10, n° 1, pp. 88-100.

TRENIN, D. (2009). "Russia: The loneliness of an aspiring power center". *Internationale Politik und Gesellschaft*, n° 2, pp. 142-153.

TRETYAKOV, V. (2013). "Russian foreign policy concept: A talented play for talented actors". *International Affairs* (Moscú), vol. 59, n° 1, pp. 41-51.

TSOKHAS, K. (1980). "The political economy of Cuban dependence on the Soviet Union". *Theory and Society*, vol. 9, Is. 2, pp. 319-362.

TSYGANKOV, A.P. (2006). *Russia's foreign policy. Change and continuity in national identity*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc.

VINKOVETSKY, I. (2011). *Russian America: An overseas colony of a continental empire, 1804-1867*. Oxford University Pres.

WELCH LARSON, D. y SHEVCHENKO, A. (2010). "Status seekers: Chinese and Russian responses to U.S. primacy". *International Security*, vol. 34, n° 4, pp. 63-95.

WENGER, A. et al., eds. (2006). *Russian business power: The role of Russian business in foreign and security policy*. Routledge.

WITKER BARRA, I. (2009). "Actores extrarregionales en escenarios complejos: Rusia como nuevo actor hemisférico". *Security and Defense Studies Review*. Disponible en <http://www.ndu.edu/chds/SRC-Colombia09/Papers/Witker%20CHILE.pdf>.

WOLLRAD, D. et al., eds. (2011). *La agenda internacional de América Latina: entre nuevas y viejas alianzas*. Nueva Sociedad-Fundación Friedrich Ebert-Stiftung Wissenschaft und Politik.

WORLD TRADE ORGANIZATION. (2012). "World trade developments. Key developments in 2011. A snapshot". *World Trade Organization*. <http://www.wto.org/>. Disponible en [http://www.wto.org/english/res\\_e/statis\\_e/its2012\\_e/its12\\_world\\_trade\\_dev\\_e.pdf](http://www.wto.org/english/res_e/statis_e/its2012_e/its12_world_trade_dev_e.pdf)

ZUBELZÚ DE BACIGALUPO, G. (2009). *El mundo según Moscú. Percepciones y objetivos de la política exterior rusa*. Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario. Disponible en <http://www.cerir.com.ar/libro.php?id=0000085>.